
HARLEQUIN
Bianca
EL UNO PARA EL OTRO
JULIANNA MORRIS



EL UNO PARA EL OTRO

JULIANNA MORRIS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El uno para el otro, n.º 1296 - septiembre 2016
Título original: Tick Tock Goes the Baby Clock
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-8726-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

ANNIE James miró hacia la calle y se sorprendió al ver el coche que aparcaba frente a la tienda.

–Max Hunter.

Un escalofrío la recorrió entera. Y eso la sorprendió aún más. Solo era Max, su ex vecino. No había nada raro en verlo por Mitchellton, sobre todo desde que volvió a California.

Aunque fuera el hombre más atractivo del mundo y la hiciera sentir un cosquilleo cada vez que sonreía, solo era un amigo.

Pero cuando él ayudó a una chica elegantísima a salir del BMW, Annie se mordió los labios. Max era Max y su tipo eran las mujeres sofisticadas y no las chicas que preferían ir en vaqueros.

El problema era que ella no parecía ser el tipo de nadie.

–Estate quieto, Barnard –le dijo a su conejo, que estaba comiéndose un trozo de periódico. El animal movió la naricilla y siguió mordiendo el papel, tan tranquilo–. Serás tonto…

Annie acarició la suave piel del animal, suspirando. Sábado por la tarde y allí estaba ella, hablando con un conejo.

Tenía que salir más.

Y buscar un hombre con el que tener niños y compartir cama todas las noches. Solo había un problema: cómo hacer que se fijara en ella.

Todos los hombres de Mitchellton la veían como a «una buena chica», de modo que no tenía experiencia con el sexo opuesto. Si quería encontrar un marido y formar una familia, iba a necesitar que alguien le echara una mano.

Un consejero romántico.

Annie volvió a mirar hacia la calle. Max sería perfecto. Si alguien podía decirle qué le gustaba a los hombres, nadie mejor que Max Hunter. Y como vivía en la ciudad, le diría cuáles eran los sitios ideales para conocer hombres solteros.

Tenía que cambiar muchas cosas en su vida y Max parecía como caído del cielo.

–¿Algún problema, jefa? Parece distraída.

Annie levantó la mirada y vio a su joven encargado de almacén.

–Ningún problema. ¿Te has encargado del señor Zankowski, Darnell?

–Sí. Estaba tan contento que casi ha sonreído.

–¿No me digas?

El señor Zankowski era un notorio agorero. Decían que había sonreído una vez, cuando Eisenhower llegó a la presidencia, pero Annie no lo creía.

–Menudo coche –murmuró Darnell, mirando hacia la calle–. Nunca podré comprarme uno así con lo que gano.

–Eres un crío. Se supone que no debes conducir un coche como ese.

–¿Sabes que mi madre me hace guardar la mitad del sueldo para la universidad? –suspiró el pobre Darnell.

–Tu madre te quiere. Por eso te guarda el dinero.

Annie sintió que se le encogía el corazón. Si no se daba prisa, no tendría hijos. Estaba muy bien ser la tía honorífica de la mitad de los niños de Mitchellton, pero no era lo mismo.

Darnell miró hacia el BMW por última vez, suspirando. La campanita de la puerta sonó entonces y Annie levantó la mirada.

–Qué tienda más mona –escuchó una voz femenina–. Tan rústica…

–Podrías haberte quedado en el coche –dijo Max.

Annie se animó un poco. Desde luego, Max era perfecto.

Era perfecto incluso en el instituto, cuando todos los demás chicos tenían la cara llena de granos. Metro noventa, físico de atleta, ojos negros en los que había un permanente brillo de humor, la piel oscura y el pelo negro, herencia de un abuelo indio.

En otras palabras, guapo de caerse de espaldas.

El corazón de Annie latía acelerado cada vez que se veían, pero lo mejor era ignorar esos sentimientos. Sobre todo, porque tenía la suerte de seguir siendo amiga suya después de todos aquellos años. Además, ella no quería alguien tan guapo. Los hombres como Max eran demasiado complicados, demasiado interesados en una vida de diversión y lujo que a Annie le resultaba ajena. A ella le gustaría más… algo así como el maestro del pueblo.

–Hola, Annie.

–Hola, Max. ¿Qué haces aquí?

–Estoy buscando una parcela. La señorita Blakely ha decidido hacerse una casa en el delta y quiere que yo haga el proyecto arquitectónico –contestó él, haciéndole un guiño–. Pero le ha entrado sed y acabo de recordar que tú tienes una máquina de refrescos.

–Cariño, ya te lo he dicho… llámame Buffy –dijo la joven, tomando a Max del brazo con un gesto posesivo.

Annie tragó saliva.

¿Buffy Blakely?

En fin, cada uno se llama como quiere.

–La máquina está en la trastienda. ¿Necesita cambio? –preguntó, abriendo la caja registradora. Como siempre, tuvo que sujetarla con una mano para que el cajón no saliera volando.

–¿Aún no lo has arreglado? –preguntó Max, sorprendido.

Annie recordó entonces el día que se pasaron media hora reuniendo monedas por toda la tienda. Ese día, se chocaron bajo el mostrador y hubiera podido jurar que Max iba a besarla, pero no lo hizo. ¿Por qué iba a hacerlo? Había sido una idea absurda.

–Dicen que no puede arreglarse –contestó, acariciando la antigua caja de bronce. Le daba igual que estuviera estropeada, era preciosa. Tenía personalidad. ¿Por qué todo el mundo insistía en deshacerse de las cosas viejas y reemplazarlas por cosas nuevas que no tenían historia alguna?

–Max, se está haciendo tarde. Y aquí hay tanto polvo… –protestó *Buffy*.

–¿Por qué no esperas en el coche? –sugirió él, dándole las llaves–. Hace un mes que no veo a Annie y quiero que me cuente cosas.

Buffy tomó las llaves con gesto de irritación.

–Gracias. Esperaré.

–Muy bien –sonrió Max, volviéndose hacia su amiga–. Mi abuela me ha dicho que la cuidaste muy bien cuando estuvo resfriada. Yo ni siquiera sabía que había estado enferma.

–Es que has estado tan ocupado desde que volviste de Boston que no queríamos decirte nada. Además, a mí no me importa echar una mano, ya lo sabes.

Así era Annie, pensó él. La clase de mujer que se sube las mangas de la camisa para ayudar a cualquiera. Seguía siendo tan buena como cuando, de cría, se mudó al pueblo con su padre. Solo era dos años más joven que él, pero con su carita de niña y sus ojos dulces parecía más joven.

Si todo el mundo fuera como ella, la vida allí no sería tan mala. Pero Mitchellton era un diminuto pueblo en el delta del río Sacramento, que iba treinta años por detrás del resto del país, moviéndose a su propio paso. No cambiaba nunca; estaba a menos de veinte kilómetros de la capital administrativa de California, pero era como si estuviera a mil.

–Grace me ha dicho que tu nuevo estudio de arquitectura va viento en popa –dijo Annie entonces–. Está muy orgullosa de ti. Dice que has ganado varios premios.

–Me va bastante bien –sonrió él–. He intentando convencer a mi abuela para que venga a vivir a Sacramento, pero se niega.

–Le gusta Mitchellton.

–Pero yo quería ponerle un apartamento con todos los lujos. Y estaría mucho más cerca del mejor hospital del estado.

Annie dejó escapar un suspiro.

–A tu abuela le gusta vivir aquí. Además, aquí están sus amigos.

–Max, de verdad tengo mucha sed –interrumpió de nuevo Buffy, aquella vez con los dientes apretados.

En ese momento, a él le daba igual que estuviera en la luna y mucho menos que tuviera sed, pero sonrió amablemente. Algunas comisiones no merecían la pena, pensaba.

–Vamos a sacar un refresco de la máquina.

Max se alegraba de ver a Annie, especialmente cuando llevaba de la mano a alguien como Buffy, la mujer más insípida del mundo. En su búsqueda de la casa ideal, Buffy Blakely había contratado y despedido a media docena de arquitectos. Y Max sospechaba que los anteriores también habían sido solteros de treinta y tantos años. Buffy no era precisamente sutil sobre su deseo de que la relación fuera algo más que profesional. Mucho más. Lo que ella quería era casarse con un arquitecto.

Casarse.

Max sintió un escalofrío.

El matrimonio era algo prohibido para él. Sus padres sumaban nueve divorcios entre los dos y había perdido la cuenta de los hermanastros que tenía, repartidos por todo el país. Debería ser optimista y pensar que los pobres lo estaban intentando, pero no lo creía. No hay que pillarse la mano con la puerta de un coche para saber que duele.

–Max, que tengo mucha sed –insistió Buffy entonces, con un diapasón preocupantemente alto.

Con Buffy pisándole los talones, Max pasó por delante de estanterías llenas de semillas y herramientas de jardinería y entró en la trastienda. Allí había una antigua máquina de refrescos, de las que seguían sirviendo botellas, no latas.

–¿Esta es la máquina? –preguntó Buffy, mirando el aparato como si fuera del siglo XV.

–¿Quieres coca–cola o limón? Ah, también hay naranja.

Ella no dijo nada, solo lo miró, incrédula, mientras sacaba una botella de coca–cola. Seguramente, esperaba encontrar agua de diseño tipo *Evian* o algún otro tipo de bebida más sofisticada, pero estaban en Mitchellton y allí seguramente ni siquiera sabían lo que era agua de diseño.

–Annie, ¿tú quieres un refresco? Yo invito.

–Vale. Cualquier cosa –gritó ella, desde la tienda.

Ignorando el gesto incrédulo de Buffy, Max sacó otra coca–cola y se la llevó a su amiga. Annie le dio un buen trago, echando la cabeza hacia atrás. Eso era lo bueno de Annie James, que todo lo hacía fácil, sin complicaciones.

Como Mitchellton, ella no había cambiado mucho. Su rostro seguía teniendo rasgos aniñados, con aquellos ojos tan azules y la media melena de color castaño rojizo. Su sonrisa era contagiosa y estaba tan delgada como siempre. O parecía delgada. Normalmente llevaba ropa ancha que lo escondía todo excepto la curva de sus pechos.

Era raro que nunca se hubiera casado, pensó entonces. Mitchellton era un sitio en el que todo el mundo se casa y, a su manera, Annie era muy guapa. Y, si su busto era una indicación, tenía una figura que dejaría a los hombres con la boca abierta.

–¿Pasa algo? –preguntó ella entonces. Max apartó la mirada, un poco cortado.

¿De dónde habían salido aquellos pensamientos?

Se estaba dejando afectar por el sol y la irritante presencia de Buffy Blakely. No era normal tener pensamientos licenciosos sobre una amiga, especialmente cuando la amiga era alguien como Annie. En realidad, era casi una hermana.

–Nada. Solo estaba pensando.

Mientras no le preguntase en qué… A Annie le daría un ataque si supiera que estaba pensando en sus pechos.

–Ah, por cierto… yo también he estado pensando y… quería hablar contigo de un asunto.

Max se sorprendió al ver que tartamudeaba. ¿De qué quería hablar?

–Dime…

–¡No! ¡Tigger, ven aquí!

Él siguió la dirección de su mirada y vio a un enorme gato dirigiéndose hacia Buffy. Al principio, no entendió, pero entonces vio que algo colgaba de la boca del felino.

Con un maullido de satisfacción, Tigger dejó lo que llevaba sobre la sandalia de la señorita Blakely.

El tiempo pareció detenerse, con tres humanos y un gato mirando un ratoncillo medio muerto sobre la cara sandalia.

De repente, lanzando un chillido de horror, Buffy dio una patada al aire que le habría asegurado un puesto en la liga de fútbol profesional. El ratón voló por la tienda y terminó en el suelo. Mareado, parpadeó un par de veces, miró alrededor como si no supiera dónde estaba y después se lanzó a la carrera hacia un agujero en la pared. Tigger lo siguió, entusiasmado.

–¡Vaya…qué emocionante! –exclamó Max.

–¿Emocionante? –replicó Buffy, histérica–. ¡Seguramente ese roedor me ha contagiado cualquier enfermedad!

La verdad era que él estaba más preocupado por el ratón. No podía ser sano acercarse tanto a Buffy.

–No te ha mordido, ¿no?

–¡Claro que no! ¡Por Dios, que alguien llame a un médico! ¡Un desinfectante, alcohol, lo que sea…!

Estaba tan histérica que parecía un dibujo animado y a Max cada vez le costaba más trabajo no reírse. Annie se tapaba la boca con la mano y tenía los ojos abiertos de par en par, como si estuviera a punto de soltar una risita.

–Creo que tengo agua oxigenada –consiguió decir.

Eso fue el remate. Max, sin poder evitarlo, soltó una estruendosa carcajada.

–¡Eres… eres un monstruo! –le espetó Buffy–. ¡Voy a demandar a la tienda! ¡Voy a demandar a todo este asqueroso pueblo! ¡Y tú, Max Hunter, puedes irte al infierno!

Girándose sobre las carísimas sandalias, salió de la tienda y entró en el BMW. Después de arrancar a toda velocidad, desapareció, dejando en el asfalto las huellas de los neumáticos.

Max hizo una mueca. ¡Pero si era su coche! Un capricho que había adquirido para celebrar el éxito de su estudio… y ella lo trataba como si fuera un todoterreno.

–¿De verdad crees que va a demandarme? –preguntó Annie.

–No –contestó él, encogiéndose de hombros–. A Buffy no le gusta hacer el ridículo.

–¿Ah, no? –sonrió ella, irónica.

Max le dio un tirón de pelo.

–Te olvidas de una cosa. Buffy me ha robado el coche. Y alegar que fue atacada por un ratón enfurecido no es atenuante.

Para ser alguien que acababa de perder un BMW y, seguramente, un buen encargo profesional, no parecía muy disgustado.

Aun así, aquel no era el mejor momento para hablarle de sus problemas. Lo invitaría a cenar y después, mientras lo llevaba a Sacramento en su coche, le contaría todo el asunto.

Aunque, por otro lado, quizá ni siquiera se atrevería a contárselo.

Annie apretó los labios, obstinada. Llevaba treinta y dos años sin tener una relación amorosa. Si no hacía algo inmediatamente, todo seguiría igual. Y su reloj biológico había empezado a marcar el paso del tiempo al doble de la velocidad normal.

–¿Quieres hacer un informe para la policía? Supongo que no querrás a Buffy en la lista de los «más buscados», pero podrías informar de que se han llevado tu coche.

Max sonrió.

–Sí, supongo que es lo mejor. Estaba tan enfadada que podría llevarse por delante un autobús.

Annie marcó el número y le dio el auricular. En la diminuta comisaría de Mitchellton solo había un comisario y un ayudante. Allí no había grandes delitos. Las islas del delta eran un sitio olvidado del mundo.

El ayudante no le preguntó por los detalles. Al contrario que el comisario, Newell no era el representante de la ley más ambicioso del mundo. Él prefería los casos que le permitían seguir en la oficina, con los pies encima de la mesa.

Cuando Max terminó de dar el informe, Annie colgó el teléfono.

–Voy a cerrar. Quiero invitarte a cenar para compensarte por el incidente del ratón.

–Buffy es la que debería compensarme –suspiró él–. Y no tienes que cerrar antes de las ocho. No quiero que pierdas dinero por mi culpa.

–No pasa nada. Los sábados a estas horas no hay muchos clientes –sonrió Annie entrando en la trastienda, donde Darnell estaba colocando cajas de fertilizante–. Voy a cerrar. Puedes marcharte.

El chico sonrió.

–¿Me pagas lo mismo que si cerrásemos a las ocho?

–Claro.

–¡Estupendo! Es que tengo una cita esta noche.

Cinco segundos después, Darnell subía a su bicicleta y se perdía por la carretera pedaleando alegremente.

–Yo también solía ponerme así de contento cuando tenía una cita –sonrió Max mientras Annie abría la caja registradora–. ¿Te

acuerdas?

Ella apretó los labios. Tarde o temprano, tendría que contarle su falta de experiencias en ese campo, pero prefería esperar. Además, él sabía que no había salido con nadie durante la época del instituto. El viernes y el sábado por la noche para Annie consistían en quedarse viendo la televisión.

–Sí, claro.

–Era una época estupenda –siguió Max–. No había nada de qué preocuparse, excepto los exámenes y el exceso de hormonas. Lo mejor de la vida.

–Pues… para mí no, la verdad.

Annie no tenía buenos recuerdos de aquella época. Su padre se había puesto enfermo y había tenido que cuidar de él durante muchos años, hasta que murió.

–Lo siento. Se me había olvidado. Tú no lo pasaste demasiado bien en el instituto, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

–Da igual.

–No da igual. Supongo que la mayoría de nosotros queremos olvidar lo que fue nuestra adolescencia en realidad –dijo Max entonces–. No sé por qué, pero olvidamos las cosas malas.

–Tú siempre decías que todo fue mejor… cuando viniste a vivir con tu abuela Grace.

–Es verdad. Un poco aburrido, pero mucho mejor que antes.

Vivir con unos padres separados que se casaban y divorciaban como si aquello fuera un juego no era precisamente el ambiente más adecuado para un niño.

«Si no podéis darle a mi nieto un hogar, me lo llevaré a Mitchellton», les había dicho su abuela cuando él tenía once años. Y sus padres no discutieron. Max era un niño insoportable, mimado y resentido. Seguramente, para ellos fue un alivio que su abuela se lo llevara.

Annie anotó unos números en el libro de cuentas y después guardó el dinero en una caja fuerte debajo del mostrador.

–¿Por qué lo dejas aquí? ¿No deberías ingresarlo en el banco?

–Está cerrado, Max.

–Ah, es verdad.

–Aunque me robasen, no se llevarían gran cosa. Pero no me van a robar. Aquí no hay robos, tonto.

–Sí, claro.

En la ciudad las cosas eran diferentes. Había que tener mucho cuidado con todo el mundo y nadie se fiaba de nadie.

Pero estaban en Mitchellton.

–Además, los lunes abro la tienda a las siete de la mañana y necesito tener algo de efectivo –siguió Annie, saliendo del mostrador–. Van a traerme unas balas de paja.

Max se tragó una nueva protesta. Annie, tan bajita que apenas le llegaba a la barbilla, era una chica fuerte, pero levantar balas de paja… Una tienda de suministros para granjas no era precisamente el mejor sitio para una mujer, pero había sido el negocio de su padre y ella lo llevaba desde que murió.

Max miró alrededor. Además de suministros para granjas, había añadido herramientas para jardinería, semillas y comida para animales. Pero estaba casi igual que veinte años antes. Seguramente, el negocio no había cambiado nada en cincuenta años.

–Venga, Barnard –dijo Annie entonces, tomando a un enorme conejo marrón en brazos–. ¿Nos vamos?

Max miró al conejo y después la adorable cara de su amiga. Solo Annie James se llevaría una mascota al trabajo.

–¿Y Tigger?

–Tigger vive aquí, en la tienda. Él es el responsable de que no haya ratas y ratones. Bueno, ya has visto…

–Sí, desde luego. Y tampoco se le da mal echar a los clientes.

Annie hizo una mueca de preocupación y a Max le hubiera gustado darle un abrazo. Se preocupaba demasiado por todo. Pero había tenido que crecer muy rápido cuando su padre se puso enfermo, de modo que era comprensible.

–No pasa nada, tonta. Buffy era una pesada y Tigger me ha hecho un favor.

–Pues cómprale un juguete –rio ella–. Lo vuelven loco.

Max sí que estaba volviéndose loco. Le hubiera gustado darle un abrazo a Annie.

Y no un abrazo de amigo, sino de otro tipo.

Capítulo 2

TODO estaba riquísimo, Annie –sonrió Grace Hunter, doblando cuidadosamente la servilleta.

–Hace siglos que no comía tanto –asintió Max–. La verdad es que en Boston echaba de menos tus comidas.

–Dale las gracias a tu abuela –sonrió Annie–. Ella me enseñó a cocinar.

–Gracias, abuela –dijo él, mirando la bandeja de pollo asado con ojos golosos.

No había nada sofisticado en la cocina de Annie, pero todo estaba riquísimo. Además, todas las verduras eran de su propio huerto, desde los tomates a los calabacines.

–Bueno, yo estoy un poco cansada. Me voy a casa a ver un documental sobre Japón –se despidió Grace–. ¿Te importa ayudar a Annie con los platos, Max?

–Claro que no.

Normalmente, Grace Hunter tenía una energía inagotable y la miró, preocupado, mientras cruzaba el jardín para entrar en la casa de al lado.

–No pasa nada. Sigue recuperándose del resfriado –explicó Annie.

–¿Estás segura? Mi abuela siempre me ha parecido indestructible. Y nunca la había visto cansada.

–Tiene sesenta y ocho años, Max. Tarda más tiempo que una persona joven en recuperarse, pero el médico ha dicho que vivirá hasta los cien.

–¿Has hablado con él?

–Muchas veces.

–Bueno, si tú crees que está bien…

–Divinamente, no te preocupes.

Si Annie estaba cuidando de ella no había razón para preocuparse, desde luego. Pero en lugar de volver a Sacramento, Max decidió quedarse a dormir en Mitchellton. Últimamente, tenía tanto trabajo que no había podido ir a visitar a su abuela.

Grace lo llamaba «el precio del éxito». Si no estaba trabajando catorce horas al día en un proyecto arquitectónico, estaba volando

a Nueva York o París para inspeccionar alguno de sus trabajos. Era importante ver el proceso de construcción, consultar con los contratistas y solucionar los pequeños problemas que surgen en una obra.

Y le encantaba estar siempre ocupado, siempre viajando de un sitio a otro. Muy diferente de la vida en Mitchellton, donde lo más emocionante era la misa de los domingos o el partido de fútbol del instituto los viernes por la noche.

Max ayudó a Annie a lavar los platos y a guardar las sobras en la nevera, pero ella estaba inusualmente silenciosa.

–Ya veo que has pintado la casa –murmuró, mirando las paredes azules que antes eran de color amarillo.

–La pinté después de Navidad. Estaba harta del amarillo –dijo Annie, secándose las manos en los vaqueros.

Parecía nerviosa y Max recordó entonces que había algo de lo que quería hablar. Obviamente, era algo que la hacía sentir incómoda, pero no debía ser sobre la salud de su abuela porque ella misma había dicho que Grace estaba bien.

–Vamos a dar un paseo. Hace siglos que no bajo al dique.

–De acuerdo –asintió Annie.

En silencio, tomaron la vieja carretera que llevaba al dique de Mitchellton.

A Annie le encantaba aquella hora, cuando el sol prácticamente se había escondido en el horizonte y solo quedaba un rayito dorado, como si el día estuviera sujetándose de un hilo. Seguía haciendo calor, pero no el calor pegajoso de la tarde. Era el momento en que los sentidos parecían más unidos a la tierra, a los sonidos y a los olores.

–Siempre se me olvida lo bonito que es este pueblo –comentó Max.

–Quizá porque siempre estás deseando marcharte.

Annie se mordió los labios. No debería haber dicho eso.

Max la miró, muy serio.

–Y tú nunca pensarías en marcharte de aquí. Esa es la diferencia entre nosotros.

–Es un sitio estupendo para vivir. Un lugar maravilloso para criar a tus hijos.

–Sí, es verdad. Pero tú no tienes hijos.

Annie apartó la mirada.

–No, es verdad.

A pesar de sus esfuerzos, las palabras le salieron atragantadas.

–¿Qué te pasa? Estás muy rara.

Ella respiró profundamente. Era el momento de preguntar, pero no sabía si era buena idea pedirle a Max que la ayudase. Él estaba muy ocupado con su estudio y su vida en la ciudad. Además, seguramente no la entendería.

Nadie la entendería.

Las chicas de pueblo solían tener la misma experiencia con los hombres que las chicas de ciudad. Pero, sin saber por qué, ella había perdido el tren.

Pensativa, se preguntó qué era más importante, conservar su orgullo o cambiar de vida.

–Venga, Annie. Puedes contarme lo que quieras. Antes lo hacías.

–Sí, ya.

Aunque adoraba a Max, él a veces tenía la sensibilidad de un ladrillo. No le gustaba hablar sobre sus sentimientos ni sobre los sentimientos de los demás, de modo que siempre les había resultado fácil hablar de cosas insustanciales. Pero hablar de algo realmente importante…

–Di lo que sea –la animó él–. A lo mejor puedo ayudarte.

Annie se pasó la lengua por los labios, nerviosa. Quizá lo mejor era tirarse de cabeza y no seguir dudando.

–Bueno… verás, es posible que puedas ayudarme. Yo quería… saber si puedes ayudarme a… hacer que un hombre se fije en mí.

Max la miró, perplejo. Y casi habría podido jurar que se ponía colorado.

–¿Que quieres… qué?

Annie respiró profundamente. Lo mejor sería decir las cosas claras.

–Aconséjame. Dime qué ropa debo ponerme, el maquillaje, el perfume… esas cosas. Podría preguntarle a alguna de mis amigas, pero yo creo que tú podrías darme una idea mejor de qué es lo que les gusta a los hombres. Incluso podríamos… salir una noche para practicar.

Él la miraba, atónito.

–¿Qué?

–Bueno, vale, no tenemos que salir. Pero me ayudaría mucho saber lo de la ropa y eso. Y lo que debería decir cuando salga con alguien.

–¿Para qué?

¿Para qué? ¿Para qué querían las mujeres atraer a los hombres… y viceversa?

–Porque quiero casarme.

Max se pasó una mano por el pelo. Parecía no dar crédito al asunto.

–Todas las mujeres están locas por casarse. ¿Qué pasa, formáis parte de un club o algo así?

Desde luego, algunos hombres eran tontos perdidos.

–Mira, olvídalo.

–No, espera…

–Déjalo, ha sido una tontería.

Enfadada, bajó por el camino que llevaba al dique. Los hombres eran insufribles. Quizá no debería pensar en casarse. Quizá debería adoptar un niño. Las mujeres solteras pueden adoptar niños, aunque sea más difícil criarlos solas.

Sin embargo, no era eso lo que quería. Quizá era un deseo egoísta, pero deseaba tener un hijo. La vida era un milagro, fuera un pollito recién salido del cascarón o un niño creciendo dentro de su vientre. Y si no hacía algo rápido, nunca formaría parte de ese milagro.

–Annie, espera…

Ella estaba llegando a un viejo roble que crecía sobre la rica orilla del río. Era un roble enorme y anciano bajo el que había llorado y soñado toda su vida. Y no quería compartirlo con Max. Aquel día, no.

–Déjalo. En serio.

–Perdona, Annie –dijo él entonces, tomándola del brazo–. Siento mucho haber reaccionado así. Venga, cuéntamelo.

–No hay nada que contar.

–Yo creo que sí.

Se miraron, cada uno enfadado por una razón diferente. Annie pensó que debería haber recordado algo importante: Max no quería saber nada sobre el matrimonio. Veía a sus padres como dos personas que se habían pasado la vida eligiendo pareja como si fuera un coche nuevo. Y odiaba la idea de casarse.

–Olvídalo.

El agua del río se movía tranquila a través del dique, pero no era un río tranquilo. Era profundo y peligroso, lleno de corrientes que podían matarte si no tenías cuidado. Como la vida, solía decir su padre.

–Annie, espera… Es que me he quedado sorprendido.

–Siento que la idea de que yo pueda resultarle atractiva a un hombre te resulte tan sorprendente.

–No es eso, boba. Siempre me has parecido muy mona.

–¿Muy mona? Menuda afirmación de mi atractivo sexual.

–¿Quieres dejar de retorcer mis palabras? –le espetó él entonces, enfadado. Después, sin decir nada, tomó una piedra del suelo y la lanzó al agua. El brillo de humor en sus ojos había desaparecido.

Annie suspiró. En realidad, no era culpa de Max. Y no estaba enfadada sino asustada. Su ginecóloga le había dicho que solo le quedaban unos meses para tomar una decisión sobre tener familia. Siempre había pensado que, algún día, conocería a algún hombre maravilloso y que tendría muchos niños, pero ese ideal no tenía límites. Y ella sí.

–No lo entiendo –siguió Max entonces–. Tú eres una chica muy atractiva. Debes haber tenido muchas oportunidades de casarte.

Annie se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–Mitchellton es una comunidad pequeña y la gente se casa muy joven. Además, con mi padre enfermo y todo eso… nunca salí mucho. Y después, la mayoría de los chicos del instituto se habían casado.

La verdad era que no había salido con nadie, pero no quería admitirlo delante de él. No era fácil admitir delante de nadie que una es virgen a los treinta y dos años, pero aún era peor contárselo a Max. Probablemente, él había perdido la cuenta del número de mujeres con las que había salido.

–Pero esa idea de que yo te aconseje… No sé qué podría decirte.

–Pues aconsejarme sobre la ropa que debo llevar y esas cosas. Tú eres un hombre y sabes qué te gusta en una mujer.

Max intentó buscar una forma educada de rechazar la oferta. No podía ayudarla. Pero cuando abrió la boca, las palabras murieron en su garganta. En la profundidad de los ojos azules de Annie había una tristeza que lo sorprendía.

Le recordaba demasiado a los días en los que Annie se dio cuenta de que su padre iba a morir, de que por mucho que ella hiciera no iba a poder evitarlo.

No había podido ayudarla entonces, pero… pensaba ayudarla en aquel trance. Era lo que tenía que hacer.

–¿Qué pasa? ¿Por qué tanta prisa?

Annie tragó saliva y él estuvo a punto de tomarla por la cintura para darle consuelo. Pero no lo hizo.

–Pues… es que tengo un problema que necesita operación quirúrgica.

Max sintió como si un puño encogiera su corazón.

–¿Es grave?

–Tengo quistes en un ovario. No es grave, al menos no por el momento. Pero si quiero tener hijos debo hacerlo… ahora. No puedo esperar.

Él cerró los ojos, sin saber si se sentía aliviado o angustiado. Annie no se merecía aquello. Era la mejor persona que conocía, la más buena, la más generosa.

A pesar de haber perdido a su padre muy joven, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo y nunca le había hecho daño a nadie.

–¿Y tú crees que debes esperar para operarte?

Su vida era más importante que tener niños, pero dudaba que ella quisiera reconocerlo en aquel momento.

Annie se encogió de hombros.

–Mi ginecóloga dice que puedo esperar un poco… pero no para siempre, así que me ha dado un período de tiempo. Después de la operación, es posible que ya no pueda quedar embarazada.

Max se dio cuenta de cómo le costaba admitir aquello.

–Ya veo.

–No sé si entiendes lo importante que es esto para mí –murmuró ella entonces–. Tú nunca has tenido interés por ser padre, así que supongo que para ti es absurdo.

–No, claro que no –se apresuró a negar él. Max no tenía nada en contra de los niños, pero en su opinión complicaban de forma extraordinaria la institución del matrimonio–. Cuéntamelo.

Annie se quedó mirando el río, pensativa.

–A mí me gusta mi vida aquí, en Mitchellton. Soy tía honoraria de la mitad de los niños del pueblo y miembro del consejo de padres, aunque no lo sea. Suelo acompañar a mis amigas a las clases de parto sin dolor cuando sus maridos no pueden hacerlo e incluso soy miembro honorario del club de fútbol. La única mujer que ha conseguido eso.

Cuando se detuvo, el corazón de Max se encogió. Por lo que decía y… por lo que no decía. Era miembro «honorario» de todo. Una segundona. Y eso no era suficiente para una mujer como Annie James.

–¿Y cuando vuelves a casa…?

–Estoy sola. Bueno, tengo a mi conejo –sonrió ella, pero era una sonrisa triste–. Siempre había pensado que las cosas cambiarían, pero parece que no.

–A un hombre de verdad no le importaría que no pudieras tener hijos.

–Pero a mí sí. Sería privar a ese hombre de algo muy hermoso

y nadie tiene derecho a hacerlo.

Max hubiera querido discutir, pero no sabía qué alegar. Además, le parecía una hipocresía dada su postura al respecto.

–Hay una alternativa, por supuesto –siguió Annie–. Mi médico me la explicó la última vez. Podría tener un hijo sin… bueno, de una forma poco habitual.

–¿Inseminación artificial?

–Eso es.

–A mí no me gusta. ¿A ti?

–A mí tampoco –suspiró ella.

–¿Y por qué piensas en ello? –preguntó Max, perplejo.

–Porque tengo que contemplar todas las posibilidades. Además, la inseminación artificial es un proceso que utiliza mucha gente. ¿Por qué te sorprende tanto? Tú eres el que vive en la gran ciudad, deberías estar acostumbrado.

–No me sorprende.

Pero lo sorprendía. La idea de que Annie fuera a un banco de esperma hacía que sintiera náuseas. Aunque estaría preciosa embarazada. Max la imaginó entonces, con el vientre hinchado y los ojos brillantes. La imagen hizo que sintiera un calorcito por dentro, una ternura que lo turbó profundamente.

Annie era… Annie.

Una amiga.

Una amiga de la infancia.

Ayudaba a su abuela y le recordaba tiempos menos complicados. Siempre podía contar con su simpatía y su buen humor. Pero ni siquiera cuando era un adolescente con las hormonas saliéndole por las orejas la había visto como a una mujer.

–… y es peligroso.

Max no había oído el resto de la frase.

–¿Perdona?

Annie hizo una mueca.

–Digo que he pensado ir a un bar y seducir al primero que me encuentre.

Él la miró, horrorizado.

–Entonces, ¿necesitas mi ayuda… para seducir al primer tío que se te cruce?

No pensaba hacer eso. No pensaba dejar que Annie se acostara con un extraño. Aunque tuviera que seguirla todas las noches, no pensaba dejar que metiera en su casa a cualquiera. La verdad era que no le hacía gracia imaginarse a Annie en la cama con nadie,

pero con un extraño… menos todavía.

–Era una broma, bobo –dijo ella entonces, levantando los ojos al cielo–. Es que no me estabas escuchando. Quiero enamorarme. Quiero que mi hijo tenga un padre y una madre. Te estoy pidiendo que me ayudes a encontrar un marido. Lo creas o no, muchos hombres quieren casarse y tener una familia. No es tan raro.

–Sí, ya.

Toda aquella historia lo confundía. No sabía qué pensar. Ni siquiera sabía cuándo Annie hablaba en broma o en serio.

–No quiero engañar a nadie, solo necesito un poco de ayuda para buscar un hombre que quiera lo mismo que yo. Y es un buen momento… hay un maestro nuevo en la escuela. Es soltero y, obviamente, le gustan los niños.

Max se cruzó de brazos, agitado.

–Estás enamorada del maestro.

–¡Que voy a estar enamorada! Solo lo conozco de vista, pero creo que tenemos mucho en común. Le gustan los niños y, además, en su tiempo libre entrena al equipo de fútbol. Y luego está el nuevo comisario… –siguió Annie–. No lleva mucho tiempo en Mitchellton, pero es soltero. Aunque no sé si quiere tener hijos.

–Veo que lo tienes todo controlado –suspiró Max–. ¿Para qué me necesitas?

No le hacía ninguna gracia oírla hablar sobre aquellos hombres. Ni la más mínima.

–Es que no sé qué hacer para salir con ellos. No voy a pedírselo descaradamente, ¿no? Y no creo que ellos vayan a pedírmelo. Mírame, siempre con los vaqueros y la camiseta…

–Pero si eres muy atractiva.

–Mírame –insistió Annie–. Y ahora dime que soy muy atractiva.

Max obedeció. La vio recortada contra el último rayo de sol, su pelo brillante como un incendio, la brisa aplastando su camiseta contra la curva de sus pechos… Tenía las mejillas coloradas y los ojos brillantes.

Y, sobre todo, tenía una boca que estaba pidiendo a gritos un beso. Un beso de verdad. La clase de beso que dura una eternidad porque uno no puede separarse.

Un hombre que no viera lo que tenía aquella chica no merecía salir con ella. Y mucho menos besarla.

¿En qué estaba pensando?, se preguntó entonces. El sol debía haberle derretido el cerebro.

–Podría intentar cambiar mi imagen, pero no sé cómo hacerlo. Por eso te he pedido ayuda. No te pido que me busques un marido,

quiero encontrarlo por mí misma.

O eso esperaba.

Hablar de aquello con Max hacía que sintiera mariposas en el estómago. Durante dos semanas después de recibir la noticia de que quizá no podría tener hijos se había sentido enferma. Pero entonces decidió tomar cartas en el asunto. Tenía que hacer algo porque el destino no parecía estar cooperando con su realidad biológica.

–Se está haciendo tarde –murmuró, incómoda–. Deberíamos volver a casa.

No era tan tarde, pero quería escapar del escrutinio de Max. Además, en el fondo sabía que hablar con él había sido un error. Por lo que había oído, los hombres no entendían el deseo de las mujeres de tener un hijo. Y Max odiaba el matrimonio. En cuanto a lo otro… no entender su falta de confianza en sí misma… eso también era de esperar.

La liberación de las mujeres había complicado la vida de muchos hombres que, con tantos cambios, no sabían cómo actuar. Pero era peor para las mujeres que habían sido criadas en los valores tradicionales. Por supuesto, Annie no se moriría si le pidiera al nuevo maestro que saliera con ella a cenar. Incluso lo haría si se sintiera segura de su aspecto. Pero no le saldría de forma natural. No estaba educada para eso.

Annie miró hacia abajo. Si pudiera sentirse guapa de verdad… Sus camisetas y vaqueros siempre eran demasiado anchos. Le iban muy bien para trabajar en la tienda, pero para nada más. Había ido de compras a Sacramento la semana anterior, pero cuando entró en una boutique, la dependienta la miró de forma tan condescendiente que salió sin comprar nada.

En ese momento, un pavo real salió de entre el follaje moviendo las alas. Los ricos colores de sus plumas brillaban bajo el último rayo de sol.

En el mundo animal todo era mucho más fácil, se dijo. Ellos no tenían que ir a la peluquería ni comprarse ropa. La naturaleza los dotaba de todo lo necesario. Aunque, a veces, la naturaleza también dotaba a ciertos humanos de todo lo necesario.

Como a Max, por ejemplo.

Max Hunter era perfecto de arriba abajo. Algunos hombres dejaban de resultar atractivos a partir de los treinta, pero no era su caso. Él seguía teniendo una constitución atlética y sus rasgos, mezcla de caucásico e indio, hacían que una mujer no pudiera mirarlo sin quedar paralizada durante unos segundos.

En aquel momento, su amigo parecía distante y Annie se mordió los labios. Su amistad con él era más importante que cualquier otra cosa.

Era de noche cuando llegaron a casa. Tanto Grace como ella vivían al final del pueblo, más cerca del campo que de la plaza.

En silencio, Max la acompañó a la puerta.

Annie puso la mano en el picaporte y después se volvió para mirarlo.

–Olvida lo que he dicho, Max. No debería haberte contado nada sobre… mi situación. Mañana, cuando quieras irte a Sacramento, llámame. Me levantaré temprano.

–¿No piensas ir a la iglesia?

Aquel domingo, los niños harían una obra que llevaban semanas ensayando. Pero si iba, se pondría a llorar. Desde que supo que debía darse prisa para tener hijos, cada vez que veía a un niño tenía que contenerse para no estallar en sollozos. La idea de lo que podría no tener nunca era demasiado angustiosa.

–No –contestó por fin–. Tengo muchas cosas que hacer.

Él pareció a punto de decir algo, pero Annie entró en la casa y cerró la puerta antes de que tuviera oportunidad.

Debería haber dicho algo, se decía Max a sí mismo. O haberle dado un abrazo, cualquier cosa para demostrarle su cariño.

Con un suspiro, volvió a casa de su abuela y se sentó en el porche. A Grace no le gustaba el aire acondicionado y prefería la humedad del río. Y la verdad era que, en general, la brisa hacía que se pudiera vivir en aquella casa incluso en pleno agosto.

Max se dejó caer en un sillón, pensativo. No había ruido de coches, ni gente, ni televisiones a todo volumen. Todo era tan tranquilo en Mitchellton… solo se oía el canto de los grillos.

Cerró los ojos, pero no podía dejar de recordar a Annie en el dique, iluminada por los últimos rayos de sol. Y no podía olvidar la tristeza que había en su voz.

Lo que él pensara no era importante… No tenía que compartir sus sueños para ayudarla cuando le pedía un favor.

Ayudaría a Annie de la mejor forma posible y aceptaría las consecuencias.

Capítulo 3

QUÉ TAL has dormido?

Aún no había amanecido y Annie, que estaba regando el huerto, se sobresaltó.

–Bien.

Había dormido fatal, pero era mejor decir ciertas mentiras para proteger los sentimientos de la gente… y los suyos propios.

Max llevaba la misma camisa y el mismo pantalón que el día anterior, lo cual no la sorprendía porque no había esperado quedarse a dormir en casa de su abuela. La sorpresa era verlo al amanecer, especialmente en verano. A Max no le gustaba madrugar. Aunque podría haber cambiado desde que se fue de Mitchellton…

–¿Qué haces despierta en plena noche?

Lo de «en plena noche» la convenció de que no había cambiado.

–Ya ha amanecido. Ya sabes, los pájaros cantan, el sol se levanta, el mundo se despierta…

–Lo de despertar implica que uno ha dormido –suspiró él.

–Ya –murmuró Annie, mirándolo con atención. Estaba tan serio como cuando lo dejó por la noche.

Ella misma había tardado un par de horas en dormirse, intentando decidir qué debía hacer. Max era un amigo y quería mantener su amistad pero, en parte, se sentía frustrada.

¿Por qué no hacía un esfuerzo para entenderla?

Querer un hijo no era como querer ir a la luna, era un deseo legítimo y normal. Un objetivo que tenían casi todas las mujeres, sin el cual el mundo se habría detenido miles de años atrás. No era tan raro.

«Deberías pensar en quedar embarazada de aquí a seis meses…»

Esas habían sido las palabras de su ginecóloga, recordándole que las cosas eran diferentes para ella. Para empezar, porque no tenía marido. En segundo lugar, no tenía experiencia con los hombres. Y no quedaría embarazada a menos que hiciera algo rápidamente. Aun así, no era problema de Max y quizá debería

echarse atrás.

–Annie…

–Max…

Los dos habían intentado hablar a la vez.

–Dime –sonrió ella.

–No. Dime tú.

Nunca habían estado tan cortados el uno con el otro y Annie se sentía fatal. Debería haber imaginado que un hombre vería las cosas de otra forma. Más aún, debería haberse dado cuenta de que Max no había cambiado en absoluto.

–Siento mucho lo de anoche. No debería haberte pedido que me ayudaras.

–Es que me pillaste por sorpresa. Pero no pasa nada.

Sorpresa era poco, pensó Max, disimulando una sonrisa. Nunca había pensado mucho en la vida romántica de Annie. Cuando los chicos del instituto hablaban de ella, él los cortaba amenazando con partirles la cara si no la trataban como a una señorita, pero nunca había ido más allá…

Era Annie. Solo Annie.

Y en menos de veinticuatro horas, había tenido más pensamientos incómodos sobre ella que en todos los años que se conocían.

Excepto una vez. Max se pasó la mano por el mentón, recordando. Estaban buscando las monedas que se habían caído de la caja registradora y ella riendo, como siempre. Le había parecido tan bonita en ese momento que tuvo un breve ataque de deseo antes de recuperar la cordura.

No había vuelto a pensar en eso, pero el momento seguía grabado en su memoria.

Annie se inclinó en ese momento para dejar la manguera en el suelo. El sol empezaba a levantarse, iluminando el jardín, y Max tuvo que controlar una exclamación. Llevaba unos viejos pantalones cortos que le había visto un millón de veces… pero nunca de esa forma. Tenía las piernas largas y torneadas y un culito redondo…

Max apretó los dientes, enfadado consigo mismo.

–Si quieres, puedo llevarte a Sacramento –dijo Annie, cerrando el grifo.

–Podemos esperar un rato.

–¿No te preocupa lo que la señorita Blakely puede hacerle a tu coche?

Él se encogió de hombros.

–Buffy es una niña malcriada, pero no es tonta. Seguramente lo dejará delante de mi casa y me enviará las llaves por mensajero. Incluso puede que vuelva a Mitchellton a buscarme.

Annie se metió entre los arbustos y Max casi pudo ver cómo las ramas la abrazaban para darle los buenos días.

Desde que se mudó a Mitchellton con su abuela, además del huerto había un jardín entre las dos propiedades. Había rosales, claveles, buganvillas… incluso un pequeño oasis japonés. Él mismo había ayudado a construirlo, instalando un sistema de riego que incluía un diminuto estanque con nenúfares.

–¿Esperas que venga a buscarte? –preguntó ella entonces.

Max frunció el ceño al notar que no parecía muy contenta.

–No. ¿Por qué?

–Buffy es muy guapa.

–No me había dado cuenta.

Ella se volvió para mirarlo.

–¿Ah, no?

–Bueno, sí me he dado cuenta. Pero cuanto más habla, menos guapa me parece.

–¿A los hombres no les gustan las mujeres que hablan mucho?

–No cuando hablan como Buffy –sonrió Max.

Sin embargo, la pregunta le había recordado el plan de Annie. Quería consejo para convertirse en una mujer atractiva.

–Sobre lo de anoche… –dijo entonces, aclarándose la garganta–. ¿Sigues planeando buscar un hombre?

Annie levantó los ojos al cielo.

–Yo no lo diría tan crudamente. No estoy buscando un «hombre», sino un marido. No tengo elección, Max. Si quiero tener un hijo, ha de ser pronto.

–Entonces te ayudaré… como pueda.

Annie era su amiga y los amigos cuidan los unos de los otros. Además, podía meterse en un buen lío si no le echaba un cable.

–No tienes que…

–Es que quiero hacerlo –la interrumpió él–. No debería haberme quedado tan sorprendido. Siempre me has contado tus cosas y cuando me cuentas algo que de verdad te importa, actúo como un idiota.

Annie sonrió. Pero no le dijo lo que pensaba: que estaba de acuerdo. Y también estaría de acuerdo su abuela si se lo contara.

Lo cual despertaba otra pregunta… ¿conocía su abuela los problemas de Annie? ¿Y qué pensaría de aquella idea?

Max dejó escapar un suspiro. No podía dejar de pensar que

Annie iba a cometer un tremendo error y él uno mayor por comprometerse.

–¿Mi abuela sabe algo de todo esto?

Annie negó con la cabeza.

–No he querido preocuparla.

Max arrancó una uva de la parra y se la comió, pensativo.

–Pues un cambio repentino sí la preocuparía. ¿No crees?

–Grace me ha animado muchas veces a salir. Y hemos hablado del maestro y del comisario. Estoy segura de que aprobará cualquier cambio.

Si su abuela estaba involucrada, ¿para qué necesitaba su ayuda? Pero no, pensó Max entonces. Grace Hunter había sido una mujer muy bella y moderna. Cuarenta años antes. Ella no sabía nada sobre las nuevas modas o la nueva forma de ver la vida.

–¿Qué clase de cambios?

–Pues… salir con gente, por ejemplo. Ella cree que me dedico a rechazar a todos los hombres que quieren salir conmigo.

Aunque lo había dicho con una sonrisa, Max intuyó que había tristeza tras esa frase. Annie quería ser guapa y deseable. Y era guapa… pero no lo sabía. Y su problema médico agravaba la situación. Si no tenía un hijo en el plazo que le habían marcado seguramente viviría angustiada, pensando que había echado a perder todas las oportunidades.

A pesar del desagrado que le producía la idea del matrimonio, Max empezaba a entenderla. La pena por no ser madre si de verdad quería serlo podría ser devastadora.

–¿Has cambiado de opinión sobre lo de la iglesia? –preguntó entonces–. Mi abuela me ha dicho que hay algo especial este domingo.

Annie negó con la cabeza.

–No. Pero podéis venir a comer más tarde, si os apetece.

Después de decir eso, Annie entró en su casa y cerró la puerta. Si le hubiera pedido algo más fácil, como remodelar su casa o arreglar el pequeño estanque…

Seguía sin saber cómo iba a poder ayudarla, pero todo el asunto empezaba a resultarle de lo más incómodo.

–¿Seguro que no quieres nada del huerto? –insistió Annie–. Tengo tomates, calabacines, guisantes… lo que quieras.

Estaban a punto de salir para Sacramento y su naturaleza hospitalaria se rebelaba contra la idea de que Max no se llevara

una bolsa llena de productos frescos.

–Annie, yo no cocino.

–¿Y una sandía? La fruta no hay que cocinarla.

–Vale, me llevo una sandía. Una pequeña.

Ella sonrió, satisfecha. Y guardó en una bolsa tres sandías y media docena de melones. Max protestó, pero Annie los guardó en la parte trasera de la furgoneta sin hacerle caso. Siempre podía compartirlos con sus empleados, le dijo, añadiendo una cesta con tomates y pepinos.

–Tendremos que parar en mi casa antes de ir de compras –murmuró él, irritado–. No podemos dejar esto en el coche.

Annie parpadeó.

–¿Alguien robaría una cesta con melones?

–Se llevarían lo que fuera –suspiró Max.

Estaba exagerando, pensó. Ella iba a Sacramento cada dos o tres semanas para comprar suministros y nunca le habían robado. La vida en la ciudad debía convertir en cínica a la gente, pensó.

–¿Quieres conducir?

Si había algo que supiera sobre los hombres era que preferían conducir ellos.

Para su sorpresa, Max tomó la llave y abrió la puerta del pasajero.

–¿Qué haces?

–¿No quieres saber cómo portarte con un hombre?

–Sí, pero…

Él la tomó del brazo para ayudarla a subir a la furgoneta. Estaban tan cerca que podía sentir el calor del cuerpo del hombre y eso la puso nerviosa.

–Es un poco primitivo, lo sé. Y muy anticuado. Pero a los hombres les gusta abrir la puerta para una mujer.

A pesar del sol, Annie sintió un escalofrío. Normalmente evitaba momentos así, momentos en los que era imposible ignorar que Max era un hombre… no solo un amigo.

–Pero yo entro y salgo de mi furgoneta estupendamente sin ayuda.

–Eso ya lo sé. Pero tiene que ver con el ego de un hombre, con la necesidad de proteger y sentirse el más fuerte –sonrió Max–. Yo también soy consciente, pero no puedo evitarlo.

–¿Y cómo sé si un hombre quiere… ser caballeroso?

–Dándole un poco de tiempo antes de entrar en el coche como si tuvieras mucha prisa.

–Ya –murmuró Annie.

Pero aquello le parecía muy complicado. Sería falso quedarse esperando a que un hombre le abriera la puerta. No le saldría de forma natural y le parecía absurdo. Pero debía ser como tocar el piano… se mejoraba con la práctica.

Max se sentó frente al volante y ajustó el asiento para hacerle sitio a sus largas piernas.

–¿Cuántos años tiene esta furgoneta?

–Treinta. Mi padre la compró cuando cumplí dos años.

Él arrancó, sonriendo.

–La verdad es que el motor no suena mal.

Annie se encogió de hombros.

–Yo no conduzco mucho y en Mitchellton hay un buen mecánico.

–¿No tienes que llevar pedidos a los clientes?

–Solo los sábados. Durante la semana lo hace un empleado mío y prefiere llevar su propia furgoneta. Yo le pago la gasolina y así, todos contentos.

–¿No me digas que tú cargas con balas de paja y cajas de fertilizante?

–Pues claro que sí. Soy muy fuerte –replicó ella. Max murmuró algo entre dientes–. ¿Qué has dicho?

–Nada.

Tomaron la autopista y Annie miraba por la ventanilla, contenta. Max había sugerido que fueran juntos a una boutique, para «empezar» con su plan. Todos los grandes almacenes estaban abiertos, de modo que podían elegir.

No había vendedora en el mundo que pudiera ponerle mala cara a Max Hunter. Podían ser condescendientes con ella, pero con él se derretían.

Hacía calor y en la furgoneta no había aire acondicionado, de modo que bajaron las ventanillas para disfrutar de la brisa del delta. Annie echó el asiento hacia hacia atrás, con una sonrisa en los labios. Por el momento, no quería pensar en fechas límite ni en territorios desconocidos.

No le importaba cuidar de sí misma, estaba acostumbrada, pero a veces era agradable dejar que los demás cuidaran de una. Como en aquel momento. Podía mirar por la ventanilla tranquilamente, incluso dormir un rato si quería…

Poco después el ruido del tráfico anunció que habían llegado a Sacramento.

–Despierta, Annie.

–¿Qué? Ah… no estaba dormida.

–¿No me digas? –sonrió él–. Pues cualquiera lo diría.

Annie soltó una carcajada.

–Se me ha notado mucho, ¿no?

–Un poco. Pero el silencio también es bueno.

–¿Esta es tu casa?

–Sí. Es un dúplex.

El paisaje era muy diferente de Mitchellton. Las casas se alineaban a un lado de la calle, con jardines muy cuidados en los que solo crecían petunias, alineadas como si fueran soldados.

–No está mal.

Max sonrió. Comparado con su jardín, seguramente aquello le parecía un sitio estéril y aburrido, pero estaba en la mejor zona de Sacramento y muy cerca de su estudio. Además, fue una muy buena inversión porque el valor del dúplex se había duplicado en dos años.

–Mira, tenías razón sobre el BMW –dijo Annie entonces–. Ahí está.

El coche estaba aparcado frente a su garaje, pero Max no se había dado cuenta. El plan de Annie estaba empezando a hacerle olvidar todo lo demás.

–¿Te importa si me doy una ducha? Además, para ir de compras deberíamos llevar el BMW mejor que la furgoneta.

–Como quieras –sonrió Annie. Cuando iba a abrir la puerta, Max carraspeó y ella la soltó, con cara de susto.

–No tengas tanta prisa.

Esperó hasta que Max le abrió la puerta, pero bajó poniendo cara de aburrimiento.

–Qué bobada. Esperar a que tú bajes del coche no tiene ningún sentido.

–Pues así son las cosas con muchos hombres.

–Hombres, qué importantes –suspiró ella–. ¿Crees que no me acuerdo del día que te bebiste una botella entera de whisky por una apuesta con tus amigotes?

–¿No me digas que te acuerdas de eso?

–Pues claro que sí. Se suponía que era una «cosa de hombres».

–Por favor, Annie, éramos unos críos.

–Desde luego que sí. Tontos perdidos.

–No se lo habrás contado a mi abuela, ¿verdad?

–Aún no. Pero puedo hacerlo.

–Eres mala –rio Max, sacando la cesta de melones. Cuando Annie tomó la bolsa de verduras, él hizo un gesto con el dedo.

–No seas ridículo. Puedo cargar con una bolsa perfectamente.

–Nada de bolsas, pero puedes abrirme la puerta del ascensor.

Annie aceptó, arrugando la nariz.

Ayudarla a cambiar de imagen podía terminar siendo divertido, pensó entonces Max. Annie era tan inocente que desconocía su propio atractivo. Pero no dejaría que cambiase demasiado, solo sugeriría un cambio de vestuario. Y la animaría a cuidarse más. Eso de levantar pesos como si fuera un peón era una ridiculez teniendo empleados.

Sí. El asunto podría ser divertido.

–¿Qué tal este? –preguntó Annie, mostrándole un vestido con menos tela que una corbata.

Max hizo una mueca.

–No.

Por el momento, Annie se había probado diez vestidos y a él no le gustaba ninguno. Eran demasiado cortos o demasiado provocativos. Si iba por las calles de Mitchellton con aquello puesto, la detendrían.

–No te gusta nada –protestó Annie, exasperada.

Tampoco a ella le había gustado ninguno, pero quería volver a casa al menos con un vestido nuevo.

Y las vendedoras no ayudaban nada. Estaban todas babeando con su acompañante, sin prestarle a ella atención alguna.

El único consuelo era que Max no parecía hacerles ni caso. Hubiera sido muy desagradable verlo tontear con alguna mientras ella se probaba vestido tras vestido.

–¿Y la tienda que hemos visto antes? La que está al otro lado de la calle.

–Me parece muy bien.

Annie dejó el vestido en la percha y tomó su bolso. Si no estuviera tan cansada se habría reído al ver la expresión de las dependientas. No solo perdían a Max, sino a una potencial cliente. A la porra con ellas. Por desagradables.

La otra tienda era menos moderna, pero los vestidos parecían más femeninos. Mejor, pensó Annie. En Mitchellton no pegaban mucho las cosas muy modernas. Sencillamente, nadie las entendería.

Y Shelley, la «coordinadora de ventas», como decía la etiqueta que llevaba en el traje, estaba embarazada, de modo que no se volvería loca por Max. Como había previsto, Shelley apenas lo miró.

–¿Puedo ayudarla?

–Necesito un par de vestidos –dijo Annie, señalando sus vaqueros–. Bueno, en realidad, necesito un vestuario nuevo.

Shelley la miró de arriba abajo para comprobar su talla.

–¿Ropa interior también?

–También. Quiero cambiar de estilo –contestó ella, poniéndose colorada. Que Max supiera hasta qué ropa interior llevaba… era demasiado.

–Una noventa, ¿no? –sonrió Shelley, mostrándole un precioso conjunto de color melocotón.

Annie tuvo que luchar contra la tentación de cruzar los brazos sobre el pecho.

–Pues… sí.

–Bueno, vamos a empezar con estos vestidos.

Fue un alivio desaparecer en el probador, pero no pudo evitar mirar a Max por un resquicio de la cortina. Él estaba mirando alrededor, incómodo.

–No se preocupe –le dijo Shelley–. A los hombres no les gusta ir de compras, pero el resultado sí.

–No estoy yo tan segura –murmuró Annie, disimulando una sonrisa.

Nunca se le había ocurrido imaginar a Max cortado. Él nunca estaba cortado. Pero su expresión era clarísima y, por alguna razón, eso la hizo sentirse más atrevida.

Sonriendo, se volvió hacia la otra mujer, sintiendo que era una aliada.

–Vamos a ver esos vestidos.

–¿Y el conjunto de ropa interior?

Era completamente diferente de lo que ella solía usar. Pero…

–¿Por qué no?

Capítulo 4

SABÍA que le quedaría estupendo –sonrió Shelley.

–Sí, me queda bien, pero…

Annie terminó la frase en voz tan baja que Max, al otro lado de la cortina, no pudo oírla. Pero de, repente, las dos mujeres soltaron una carcajada.

Él hizo una mueca. Aparentemente, Annie y la vendedora se llevaban muy bien.

Se alegraba porque había detectado un sutil gesto de tristeza en el rostro de su amiga cuando vio el vientre hinchado de Shelley.

El problema era que no sabía qué decirle. A él no se le daba bien hablar de los sentimientos porque le recordaba las peleas de sus padres, el uno con el otro y con los subsiguientes esposos por ambas partes.

Pero la comparación no era justa para Annie. Ella era una chica encantadora, mientras sus padres eran dinamita emocional. Cuando ella se enfadaba era por algo importante. Y lo importante para Annie James en aquel momento era casarse y tener hijos.

Lo antes posible.

–¿Qué te parece?

Max tuvo que parpadear al verla salir del probador.

Annie dio una vueltecita, encantada consigo misma. El vestido, de una tela muy suave, se pegaba a sus curvas sin ser especialmente llamativo.

Pero eso era peor todavía.

Era un reto. Aparentemente sencillo y poco tentador, el escote mostraba en realidad más de lo que debía mostrar. Y la tela era tan tan fina que prácticamente podía ver la forma de sus muslos… incluso la ropa interior.

Un reto total.

La clase de reto que hacía a un hombre pensar en formas de quitar ese vestido, aunque fuera arrancando los botones uno a uno. Y él no quería que un hombre pensara en quitarle ese vestido a Annie. Era demasiado inocente como para protegerse a sí misma, de modo que alguien tenía que hacerlo por ella.

–Tienes que ponerte una combinación.

–¿Qué?

La desilusión en los ojos azules hizo que Max apretara los labios. Se supone que debía ayudarla, pero lo que en realidad le hubiera gustado hacer era cubrirla con una manta y llevarla de vuelta a Mitchellton. Al aburrido y seguro pueblo de Mitchellton. Había muchas ventajas en un pueblo de ese estilo, en el que las cosas no cambian pase lo que pase.

–Shelley, Max dice que necesito una combinación. ¿Usted qué cree?

–Que Max está equivocado –sonrió la vendedora–. Además, el vestido va un poco abierto por delante, de modo que la combinación se vería.

¿Abierto por delante?

Max empezó a sudar. Era cierto. Los botones solo llegaban hasta la mitad del muslo. No tenía ni idea de por qué aquel vestido lo molestaba tanto, pero así era.

–Abróchatelo.

–El vestido es así –dijo Shelley, fulminándolo con la mirada.

En otro momento Max, acostumbrado a que las mujeres lo adorasen, se habría sentido insultado, pero en aquel instante solo podía fijarse en los muslos de Annie. El vestido, que a primera vista parecía pudoroso y antiguo, era todo lo contrario.

Era un escándalo.

–La abertura llega muy arriba. Recuerda que Mitchellton es un pueblo conservador.

Annie lo miró, casi haciendo un puchero.

–No estoy enseñando nada que no enseñe con pantalones cortos.

–Eso es diferente.

–No lo es.

Ella se volvió para mirarse al espejo. Le gustaba aquella nueva imagen. ¿Por qué no le gustaba a Max?

De buena gana le hubiera dado una patada.

No había nada malo en aquel vestido. Era precioso. Y los que se había probado antes eran mucho más llamativos, más para actrices y modelos que para una persona que hace una vida normal.

Aquel vestido era estupendo y pensaba comprárselo. Aun así… Annie se mordió los labios, intentando conjugar los comentarios de Max y sus propios gustos.

A él no le gustaba y era el experto. Para eso le había pedido ayuda, para no perder el tiempo con cosas que no le gustaban a los

hombres. Y no tenía mucho tiempo.

–Será mejor que me pruebe otra cosa –murmuró, entristecida.

–No.

Shelley y Annie se volvieron, sorprendidas.

–¿Qué?

–Cómpralo. No está tan mal –dijo Max entonces–. La verdad es que te queda muy bien.

–Pero si acabas de decir…

–Da igual –la interrumpió él, furioso.

No entendía nada. Debía estar enfadado por pasar el domingo de compras en lugar de ver el fútbol, decidió.

–Vale –dijo Shelley–. Ahora puede probarse algo con un poco más de color.

Annie sonrió. Si Max estaba enfadado, peor para él. Mientras siguiera dándole consejos… Impulsivamente, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias. Eres maravilloso.

Max se apoyó en la pared cuando ella volvió a entrar en el probador. Pero Shelley estaba mirándolo de arriba abajo. Era la clase de mirada con la que un científico observa a una bacteria.

–Intente mirar este con buenos ojos –le dijo la vendedora, tan tranquila.

¿Aquella pesadilla no terminaría nunca?

–¿Tiene algún sujetador que se abroche por delante? Siempre he querido tener uno –dijo Annie desde el probador.

Max apretó los dientes. ¿Un sujetador que se abrochase por delante? ¿De los que un amante puede abrir con los ojos cerrados?

Aparentemente, la pesadilla solo estaba empezando.

Annie había ido canturreando todo el camino. Aunque no había comprado la clase de vestuario que una mujer como Buffy Blakely consideraría adecuado, tenía un montón de cosas nuevas, incluidos dos camisones tan diáfanos que eran casi indecentes. Y una ropa interior muy bonita, pero nada práctica para una chica como ella.

Max había intentado pagar, diciendo algo sobre una disculpa, pero Annie no se lo permitió. Por supuesto.

Sin decir una palabra, él sacó las bolsas del BMW y las guardó en la furgoneta.

–Gracias, Max. No sé cómo voy a pagarte por esto.

–No me debes nada –replicó él bruscamente–. Lo único que he

hecho es ver cómo te probabas cosas.

–Pero me has ayudado a elegir.

–Ya, bueno… Mira, el sábado que viene iré a Mitchellton y saldremos a cenar; ya sabes, como un ensayo.

–No hace falta… –empezó a decir ella.

–Ya sé que no hace falta, pero quiero hacerlo.

Annie intentó controlar su temperamento, pero le hubiera gustado decirle un par de cosas. ¿Por qué estaba de tan mal humor? Si no quería ayudarla, solo tenía que decirlo.

–No hace falta, de verdad. Sé que tienes muchas cosas que hacer y no quiero que pierdas el tiempo…

–¿Y quién ha dicho que voy a perder el tiempo? –la interrumpió Max–. Te dije que iba a ayudarte con ese loco plan tuyo y pienso hacerlo.

–No es un plan loco.

–Sí lo es.

Annie apretó los labios, enfadada. Pero, en cierto modo, lo entendía. Para Max, el matrimonio era una locura. No podía esperar que cambiase de opinión solo porque ella quería casarse.

Un vecino asomó entonces la cabeza por la puerta del garaje y los miró con curiosidad.

Estupendo.

Seguramente los había oído discutir. Pero no era culpa suya. Annie le devolvió la mirada, impertérrita, hasta que el chismoso desapareció.

Y Max no pudo evitar una sonrisa.

–Lo siento –dijo, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón–. Me estoy portando como un idiota.

Ella tragó saliva. Era difícil pensar en nada cuando Max ponía esa cara de bueno. Quizá si la hubiera besado alguna en el instituto, estaría curada, pensó tontamente. Como ponerse la vacuna de la gripe… no te cura del todo, pero sí en un tanto por ciento.

–No pasa nada.

–Entonces, ¿salimos el sábado?

–De acuerdo. Pero no eres idiota.

–Sigues con ganas de discutir, ¿eh?

Annie se percató de que tenía el ceño fruncido, a pesar de la broma.

–Ah, ya. No te gusta que las mujeres discutan. ¿Todos los hombres son iguales o eres solo tú?

Desde que se había visto con aquellos vestidos, curiosamente

veía a Max como un hombre, no como un amigo. Y eso le resultaba incómodo.

No quería verlo como un hombre. Lo último que necesitaba era confundir sus objetivos.

–Solo era una broma.

–Pero no te gusta… –Max le puso una mano en la boca para evitar que terminara la frase.

–Olvídalo. Nos vemos el sábado a las siete, ¿de acuerdo?

Annie asintió. La mano del hombre sobre sus labios había hecho que se pusiera colorada. Y algo más, un extraño calor recorría su espalda.

Nerviosa, dio un paso hacia la furgoneta, deseando alejarse de allí lo más rápido posible.

–El sábado a las siete –murmuró–. Hasta entonces.

Max la ayudó a subir al asiento. Annie había olvidado aquel absurdo ritual y se sintió más incómoda que la primera vez.

Además, la mano del hombre sobre sus labios la había hecho sentir un cosquilleo que no desaparecía.

–Soy tonta –murmuró para sí misma cuando estaba saliendo de la ciudad. Agitada, tuvo que parar en el arcén para recuperar la compostura.

Pedirle a Max que fuera su «guía romántico» debía haber sido la peor idea que había tenido nunca en su vida. Él era un hombre demasiado atractivo, demasiado experimentado con las mujeres. Y, en comparación, ella era una cría.

¿Cómo iba a enamorarse de nadie teniendo cerca a Max Hunter? Era como pedirle a un niño que elija entre una tableta de chocolate y un plato de verduras. Las verduras eran la mejor opción, pero por supuesto el niño elegiría el chocolate porque sabe mejor.

De repente, Annie soltó una carcajada. La imagen la había hecho reír.

Su padre siempre había dicho que era una niña muy dramática, de modo que no era nada nuevo. Max Hunter solo estaría a su lado al principio del plan. Le daría el empujón y después volvería a Sacramento. No tenía por qué preocuparse de las comparaciones. No estaría en Mitchellton, así que no habría nada que comparar.

Además, había un mundo de diferencia entre la amistad y el deseo. Ella era una amiga. Nada más. Enamorarse de otro hombre curaría cualquier sentimiento extraño que pudiera abrigar por Max.

Más animada, volvió a arrancar la furgoneta. Todo iba a salir

bien, estaba segura.

El sábado a las siete menos cinco, Annie estaba mirándose al espejo. Nunca se había visto tan guapa.

La semana anterior fue más divertida que ninguna otra. El lunes se había puesto uno de sus nuevos conjuntos, vaqueros ajustados y un top de flores sin mangas que le daba un aspecto muy juvenil. Darnell y uno de sus amigos le habían silbado antes de reconocerla.

El martes, el viejo Morris Jeppers casi se tragó un árbol porque se había despistado al verla en la puerta de la oficina de correos. Su mujer se lo contó, muerta de la risa, cuando acudió corriendo para ver si estaban bien. La cara de Morris era un poema, de modo que Annie tuvo que darle las gracias por el «accidentado» piropo.

El resto de la semana transcurrió con reacciones similares. No había visto al comisario ni al maestro, pero seguramente los vería en la iglesia el domingo. Lo único que le quedaba era su cita con Max. Y seguramente también sería divertida.

–Pero no es una cita –se recordó a sí misma–. Solo es para practicar.

El timbre sonó en ese momento y Annie salió corriendo escaleras abajo, tan rápido como le permitían sus nuevos zapatos de tacón.

–Hola Max –lo saludó, sonriendo–. Lo siento. Quería estar en la puerta esperándote para que no tuvieras que salir del coche.

Cuando Max la miró, sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. El vestido de color azul petróleo tenía un complicado dibujo de terciopelo en el escote. Además, ese color destacaba el azul de sus ojos y hacía que su piel brillara como porcelana.

–Tonterías.

–¿Qué?

–No, nada. Primera lección –dijo Max, apartando la mirada del vestido–. Haz esperar a tu acompañante.

Annie lo miró, confundida.

–Pero eso es una grosería. ¿Por qué no voy a ser considerada?

–Porque no quieres que piense que estás ansiosa por verlo.

–Pero… ¿y si estoy ansiosa? ¿Por qué tengo que esconderlo? A mí me parece más lógico portarse de forma natural.

Max no estaba de humor para dar explicaciones sobre la mente masculina: perseguir, cazar, los instintos primarios que movían a los de su sexo… Para ser honesto, aunque solo fuera consigo

mismo, no quería que Annie conociera bien los juegos entre hombre y mujer.

–Las cosas son así. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella, sin ningún entusiasmo.

–Mira, lo admito. Muchas de las costumbres sociales son una tontería. Completamente primitivas.

Enseñar a Annie estaba empezando a ser educacional para él. Era lógico que se sintiera confusa por los rituales entre hombres y mujeres. Viéndolos a través de sus inocentes ojos, algunos debían parecer ridículos.

–Ah, qué bonito –dijo ella entonces, señalando el ramo de flores que Max llevaba en la mano–. Será mejor que se las lleves a tu abuela antes de marcharnos.

Max había olvidado las flores y se quedó mirándolas con cara de tonto. Aquella cita no estaba yendo como había planeado. Él estaba acostumbrado a mujeres más sofisticadas y no era el tipo de hombre que le compra flores a una chica y luego se olvida…

Y Annie no sabía que las rosas eran para ella.

–Son para ti –dijo, con una sonrisa.

–Oh –exclamó ella entonces, poniéndose colorada–. Nunca me habían regalado flores. Las meteré en agua.

Solo había un jarrón decente en la casa y aunque sabía que el regalo no significaba nada especial, Annie sonrió mientras colocaba las rosas rojas en el vaso de porcelana. Una vez, mucho tiempo atrás, había soñado en poner las flores que su novio le regalaría en aquel jarrón que perteneció a su madre.

¿Qué tenían las rosas que eran tan románticas? Pero aquel no era un regalo romántico. Max solo había querido mostrarle lo que haría un hombre en su primera cita.

–Se me ha olvidado decirte una cosa… –dijo Max entonces.

–Dime.

–Que estás preciosa.

–Gracias –dijo Annie, poniéndose colorada de nuevo.

Al menos, en eso no se había equivocado: había admiración en los ojos de su amigo. Aun así, Max le decía aquel piropo porque era lo que ella esperaba; era parte de las costumbres sociales que debía aprender.

Y también debía aprender a no ponerse colorada.

Tenía que recordar que aquella no era una cita de verdad. Solo estaban practicando. Pero era difícil no desear que a Max le importase de verdad, no querer algo más que la amistad que habían compartido durante años.

Era una tonta.

Sí, era una tonta. Max Hunter no iba a verla de forma diferente solo porque llevara un vestido nuevo. ¿Por qué iba a hacerlo? Era tan guapo que seguramente tenía a todas las chicas solteras de Sacramento loquitas por sus huesos.

Sin embargo, ¿verían esas mujeres lo que ella veía? Cuando lo miraban, ¿veían solo su atractivo rostro o la fuerza de aquel hombre? No la fuerza física, sino la fuerza moral, el humor en sus ojos, un humor mezclado con una cierta tristeza que nunca parecía abandonarlo. Max era un hombre fuerte e inteligente, pero también el más solitario que conocía.

–¿Estás lista?

–Sí, ya estoy. Perdona que te haya hecho esperar.

Max frunció el ceño. No le gustaba que estuviera disculpándose continuamente. Le gustaba más cuando se ponía colorada porque le decía un piropo.

–No me has hecho esperar. Pero seguramente hará fresco más tarde. ¿No deberías llevar una chaqueta o un chal?

–No hace falta.

Una vez en el porche, Annie cerró la puerta pero no echó la llave. Llevaba unas sandalias de tacón que parecían nuevas, de modo que debía haber ido de compras otra vez. Sin él.

Debería alegrarse. Estaba tomando la iniciativa, no esperando su consejo para todo. Incluso se había pintado; pero solo un poquito de máscara en las pestañas, colorete y brillo en los labios. Con su delicada complexión, no necesitaba pintarse como una puerta.

–¿No deberías cerrar con llave? –preguntó, intentando no pensar en lo insinuantes que eran sus labios con aquel toque de brillo.

Ella lo miró, sorprendida.

–En Mitchellton nadie cierra con llave.

Era la mentalidad de un pueblo pequeño, la sensación de estar seguro. Pero Max sabía que había delitos en todas partes.

–Quiero que la cierres, Annie. Y quiero que me prometas que, a partir de ahora, la cerrarás siempre con llave.

–Pero…

–Prométemelo.

Annie estaba atónita, pero a Max le daba igual. Quería que cuidase mejor de sí misma. Había logrado convencer a su abuela para que cerrara la puerta con llave, especialmente por la noche, y necesitaba que Annie también se lo prometiera.

–Primero tendré que hacer una llave… hace años que no la tengo. La perdí –dijo ella, encogiéndose de hombros.

Max dejó escapar un suspiro.

–Mañana te pondré una cerradura nueva. Y comprobaré las ventanas, de paso.

–Puedo hacerlo yo.

–Y yo también.

–En serio, no soy una niña –dijo Annie, exasperada–. Puedo encargarme de mis cerraduras. Y de mis ventanas. Llevo años cuidando de mí misma.

–No he dicho que no puedas –dijo él, abriendo la puerta del coche.

Con la dignidad de una princesa, Annie se sentó sobre el asiento de cuero. Al hacerlo, la falda del vestido se le subió hasta el muslo y Max tuvo que apretar los dientes. Había pasado de los vaqueros a las medias en menos de una semana. Y no entendía cómo hasta entonces no se había fijado en sus piernas. En aquel momento no parecía capaz de quitarles el ojo de encima.

Y tampoco podía dejar de mirar su escote, la verdad.

Tenía un nudo en el estómago y no sabía por qué. Annie era intocable. Solo salía con ella a cenar para mostrarle cómo portarse con otros hombres. Desde luego, no era una cita con intereses sexuales.

–¿Te encuentras bien?

–Sí. ¿Por qué?

–No sé. Pareces un poco… tenso.

«Tenso» no describía lo que Max estaba sintiendo en aquel momento.

–Ha sido una semana muy larga.

–Ah –suspiró Annie–. Podríamos haber cenado en casa.

–No puede ser. Esto es una cita.

–Una cita de prueba –le recordó ella.

Lo cual era realmente irritante. Max sabía muy bien que solo estaban practicando. Annie estaba practicando con él sus habilidades femeninas para buscar marido.

–Sí, claro. De prueba.

La expresión de Max hizo que ella quisiera soltar una carcajada, pero también la ponía triste. Después de todo lo que le había contado, ¿cómo podrían volver a ser amigos? Amigos como antes, de los que no se fijan en si el otro es guapo o no.

–¿Vamos a Sacramento?

–Claro. ¿Te gusta la comida italiana? –preguntó Max.

–Me encanta.

–Estupendo. Hay un restaurante en la parte vieja de Sacramento que te va a encantar.

Annie dejó escapar un suspiro. Se sentía rara, pero no era solo la ropa nueva ni las ligas que sujetaban sus medias de seda. Era una sensación de femineidad nueva para ella. Nueva y maravillosa, pero que le daba un poco de miedo.

Capítulo 5

QUÉ TE parece?

Annie saboreaba el último pedazo de tiramisú, un típico pastel italiano de crema y licor.

–Tenías razón. Para morirse.

La sonrisa de Max estaba cargada de estupor. Nunca se había dado cuenta de que Annie era tan sensual. Disfrutaba de la comida con una inocencia… y su forma de chupar el tenedor era indecente.

–Podría hacer tiramisú el domingo, para la reunión de la parroquia.

–Recuerda que lleva licor y si lo van a tomar los niños…

–La mujer del predicador hace un pastel de ron que te deja noqueada.

–¿Un poquito fuerte?

Annie soltó una carcajada.

–¿Un poquito? No se puede encender fuego a seis metros del pastel por miedo a terminar *flambeado.*

–¿Y el predicador no dice nada?

–Él no, pero el consejo de padres ha sugerido discretamente que haga algo menos fuerte para la feria.

–Mi abuela me ha dicho que es muy divertida. Pero cuando yo era pequeño, recuerdo que me parecía una horterada.

–Y sigue siéndolo. Pero nosotros lo pasamos bien.

–Sí, claro.

Max no quería ponerse a discutir sobre las diferencias entre la ciudad y los pueblos pequeños. Sus sentimientos siempre habían estado divididos en ese asunto; tanto como para haber deseado marcharse de allí desde que cumplió dieciocho años.

–A mí siempre me toca rellenar perritos calientes, pero me gustaría estar en la caseta de los besos –dijo Annie, sonriente.

–¿No lo dirás en serio?

–Pues claro que sí. Habría sido divertido, aunque no sé si alguien habría querido besarme.

Max había pasado mucho tiempo en la caseta de los besos cuando era un adolescente, normalmente sin cobrar nada. Y era

divertido, especialmente para un chico cuyas hormonas se disparaban en cuanto veía a una animadora.

Le gustase o no, Annie nunca fue ese tipo de chica. Y seguía sin serlo.

–Rellenar perritos calientes no está tan mal. Y estabas muy mona con el mandil.

Ella miró al cielo.

–Sí, claro. Era el mandil del carnicero y me cubría de la cabeza a los pies. Me sentía como una momia… aunque tú no lo sabrás porque jamás te acercaste a mí.

Max la miró con curiosidad. Nunca se le habría ocurrido pensar que a Annie le apeteciese estar en la caseta de los besos. Vivían uno al lado del otro, pero sus vidas ya eran diferentes entonces. Hasta pocos días antes, nunca se le había ocurrido pensar en las cosas que habría echado de menos.

–Yo creo que los chicos del instituto habrían hecho cola para besarte. Tienes unos labios preciosos.

Demasiado preciosos. Podían obligar a un hombre a hacer cosas de las que, más tarde, se arrepintiera.

Los ojos de Annie se iluminaron.

–Gracias.

–¿Por qué no vamos juntos a la feria? Seguro que irá el maestro.

–Sí, claro. Está ayudando a organizar un montón de actividades.

–Estupendo. Así podrás verlo sin que parezca que estás detrás de él.

–Muy bien –dijo ella, tomando una gotita de crema con el dedo y metiéndoselo en la boca.

Max se quedó sin aire. De repente, le parecía que el calor en el restaurante había aumentado al menos diez grados. El camarero, que no había dejado de tontear con Annie en toda la noche, se acercó entonces. Pero Max lo fulminó con la mirada.

–Toma… cómete el mío –dijo, ofreciéndole su tiramisú, a medio terminar.

–¿No lo quieres?

–No. Estoy lleno.

«Además, prefiero mirar cómo te lo comes tu». Aquel pensamiento apareció en su mente de improviso, sorprendiéndolo.

Annie tomó un trozo del pastel y se lo metió en la boca, sonriendo.

–Normalmente, no tomo postre. Pero es que está tan rico…

Después de tomarse el tiramisú, se puso la mano en el estómago como diciendo «no puedo más».

–Gracias.

Max no podía dejar de admirar su figura, que ni mil tiramisús parecían estropear.

–De nada.

No debería mirar a Annie de esa forma. La conocía desde que tenía once años y era una chica estupenda… pero no la clase de chica a la que uno imagina invitando a champán en su apartamento.

Tenía que ser el vestido, se dijo. Con aquel trapo de terciopelo azul petróleo estaba perfecta. Demasiado perfecta.

–¿Vienes aquí a menudo?

–¿Qué? –preguntó Max, distraído con muy impropios pensamientos–. Ah, a veces. Oye, ese vestido no lo compraste el otro día.

El comentario sonaba banal, pero tenía necesidad de saber de dónde había salido aquello que lo estaba volviendo loco.

–Es demasiado elegante para Mitchellton, ¿no? Pero no pude resistirme. Y como imaginaba que vendríamos a cenar a Sacramento…

–Quizá tu maestro o tu comisario te traigan aquí la próxima vez.

Annie se puso colorada.

–No son «mi maestro y mi comisario». Solo quiero conocerlos para ver si me gustan. Nada más.

–¿Y?

–Y quiero enamorarme –suspiró ella–. Ya te lo dije.

–Claro.

Annie no entendía por qué se ponía tan tenso. Estaba siendo una cena encantadora, pero, de repente, él parecía molesto por algo. ¿Por qué?

El camarero dejó la cuenta sobre la mesa, sonriendo. Sonriendo a Annie, por supuesto.

–¿Le ha gustado el tiramisú, señorita?

Antes de que pudiera contestar, Max prácticamente tiró su tarjeta de crédito sobre la bandeja.

–Tome.

–Sí, señor –murmuró el hombre, cortado.

–¿Qué te pasa? Si no te apetecía salir a cenar esta noche, podrías haberme llamado –protestó Annie, irritada por aquel comportamiento.

Max la fulminó con la mirada.
–No es eso. Es que no me gusta cómo te mira.
–Solo está siendo amable.
–¿Amable? Pero si prácticamente se le hace la boca agua… Un camarero está para servir la cena, no para ligar con las clientas.
Ella lo miró, asombrada. Si eso lo hubiera dicho cualquier otro hombre se habría preguntado si estaba celoso. Pero no era otro hombre; era Max. Y Max nunca se pondría celoso.
De repente, Annie se echó a reír.
–Ah, ya entiendo. ¿Los hombres suelen ponerse celosos de los camareros?
Él tardó unos segundos en entender. Annie pensaba que su comportamiento respondía a otra de las «lecciones» y no sabía si sentirse aliviado o frustrado por su inocencia.
–Algunas veces –dijo por fin.
–¿Y qué debo hacer?
Max tenía la mente en blanco. Sobre todo, porque era la primera vez en su vida que un camarero lo ponía celoso. Pero no estaba celoso… bueno, no mucho. Annie no sabía lidiar con tipos como aquel y quería asegurarse de que aprendía a hacerlo.
Su conciencia empezó a molestarlo, pero ignoró la vocecita que le decía: «Estás mintiendo», aun a sabiendas de que estaba portándose de forma irracional con una mujer a la que conocía desde que tenía once años.
–Pues… –Max se aclaró la garganta, incómodo.
Annie se inclinó para tocar su mano.
–Lo siento, Max –dijo en voz baja–. No me había dado cuenta de que estaba mirando.
–Yo…
–Uy, por Dios, eso ha sonado completamente patético –rio ella entonces–. Estaba practicando, pero me parece una bobada.
Max se miró la mano, sorprendido por el cosquilleo que los dedos de Annie le provocaban. Era como si una red invisible envolviera su cuerpo… de esa forma lo afectaba el roce.
Si le hacía eso al maestro o al comisario, la sacarían del restaurante a empujones para llevarla a la cama, pensó, irritado.
Debía haber estado ciego para no darse cuenta de lo sexy que era, con aquellas suaves curvas y una sonrisa que podía levantar a un muerto.
Max intentó controlar sus emociones cuando volvió el camarero con la tarjeta de crédito. Además, aquel restaurante era uno de sus favoritos y no quería pelearse con nadie.

–¿Te apetece dar un paseo?
–Mucho –sonrió ella.
–Vamos por el puente –dijo Max, tomándola por la cintura.
Las calles del viejo Sacramento estaban iluminadas por antiguas farolas. Era una de las zonas más bonitas de la ciudad.
–No lo entiendo. Si una mujer sale contigo debe significar que le gustas. Entonces, ¿por qué importa que otro hombre le preste atención? –preguntó Annie unos segundos después.
Las piedras hacían que caminar sobre los tacones fuera difícil y agradecía el apoyo de Max, pero no dejaba de mirar al suelo. Por si acaso.
–Los hombres son territoriales –admitió él–. Pero no solo los hombres. Muchas mujeres son celosas.
«Muchas mujeres son celosas».
Annie se habría puesto furiosa si una camarera hubiera tonteado con él. Desde luego, no le había hecho ninguna gracia que las chicas de la tienda solo tuvieran ojos para Max, aunque no podía culparlas. Era tan atractivo…
Por supuesto, no tenía ningún derecho a tener celos. Además, él no se casaría nunca. Max nunca tendría una esposa de la que tuviera que preocuparse.
Iba tan distraída por esos pensamientos que se le enganchó un tacón en la acera, pero Max la sujetó.
Annie tragó saliva.
Era la situación perfecta para un beso, pero no quería ni pensarlo. No con el cuerpo de Max apretado contra el suyo. Y sus manos… una de ellas estaba en… ¡su trasero! La otra en sus costillas, justo debajo del pecho.
Le pareció que estaban horas así, parados, mirándose a los ojos, antes de que Max murmurase algo ininteligible.
–Gracias –dijo ella, sin mirarlo.
–¿Estás bien?
–¿Yo? Ah, sí, claro.
¿Cómo podía estar bien cuando su corazón latía a mil por hora y sus músculos se negaban a obedecer? No sabía cómo controlar sentimientos tan fuertes. La curiosidad sexual nunca había sido algo importante para ella… hasta aquel momento. Pero con Max era como caer de un avión sin paracaídas.
Max Hunter era el último hombre en el mundo con el que debería mantener una relación. Lo que deseaba era amor, ternura y fidelidad. Y Max no podía ofrecerle eso.
Annie dio un paso atrás, nerviosa. Quería evitar el contacto

físico. Max era muy excitante, pero como marido… sencillamente imposible.

–Qué tropezón más tonto.

–No, es la calle. Está mal pavimentada. Además, tú no estás acostumbrada a llevar tacones.

–Mis tacones no tienen nada que ver –replicó ella, ofendida.

Max la miró, confuso.

–Annie, ¿te pasa algo?

–No.

Era mentira, pero no podía explicarle lo que le pasaba. Sería demasiado embarazoso. No podía confesar que se sentía atraída por él. Max se echaría a reír… o saldría corriendo.

Además, la atracción física no era amor. El amor duraba para siempre. Las reacciones químicas se queman con el tiempo.

Incómoda, se volvió y vio el Delta King, un viejo barco convertido en hotel. Ella siempre había soñado con una luna de miel viajando por el río Mississippi en uno de los viejos barcos de vapor…

Pero debía dejar de soñar. Cada vez que estaba cerca de Max, se sentía confusa, como una cría embobada por el chico más guapo del instituto. Y era demasiado mayor para estar embobada.

–Te has quedado muy callada.

–Estaba pensando.

–¿En qué?

El aliento del hombre le rozaba la sien y Annie sintió un escalofrío. Max la asustaba; le asustaba lo que sentía cuando estaba a su lado. Y le asustaban las intensas emociones que veía en sus ojos y que no siempre entendía. Era un hombre demasiado complicado. Todo lo contrario que ella.

Mientras que la vida de Max era una carrera, su vida era más como el río Sacramento en una perezosa tarde de verano. Pequeños placeres, como acariciar un gato o plantar flores, eran sus grandes emociones.

Annie intentaba decir algo que pusiera cierta distancia entre ellos y las luces del barco le dieron una idea.

–¿Has viajado alguna vez en el Delta King? Creo que la cabina del capitán es una maravilla.

–La verdad es que nunca lo he visto por dentro.

–Pues si yo no puedo pasar mi luna de miel recorriendo el Mississippi, espero poder viajar al menos en el Delta King. Parece un viaje muy romántico, aunque no recorra todo el cauce del río.

Como esperaba, Max se puso tenso. En realidad, era muy

predecible. Solo había que mencionar el matrimonio para que, prácticamente, diera un salto.

–¿Luna de miel?

–Sí, ya sabes. Lo que se hace después de casarse –sonrió Annie–. Donde van los novios después del banquete.

–Ya sé lo que es una luna de miel –murmuró él, irritado–. Mis padres tuvieron más lunas de miel que días normales en su vida. Vamos, te llevaré a casa.

Ella tuvo que suprimir una risita mientras volvían al coche. Quizá no lo estaba haciendo perfectamente como mujer, pero como amiga era justo lo que Max podía esperar.

Canturreando suavemente mientras volvían a Mitchellton, pensó en el siguiente paso. Un beso de buenas noches. ¿Le daría Max un beso o asumiría que eso era algo que ella ya conocía? Aunque, en realidad, no tenía ni idea.

Cuando llegaron al porche, Annie respiró profundamente para darse valor. Max parecía dispuesto a marcharse, de modo que lo tomó del brazo, decidida.

–¿Qué pasa con el beso de buenas noches?

–¿Qué?

Annie frunció el ceño. Max olvidaba que estaba enseñándole lo que era una cita. Evidentemente, no la veía en la escena romántica, ni siquiera sabiendo que el protagonista sería otro hombre.

La confianza que había ganado con su recién estrenada apariencia empezó a flaquear. Pero ese pensamiento la irritó. Max no tenía ningún derecho a no verla como una mujer deseable.

–Un beso de buenas noches. ¿Debo besar a un hombre en la primera cita o eso es ir demasiado rápido?

Max se apoyó en una de las columnas del porche, suspirando. Aquello era muy frustrante y, sin embargo, admiraba la tenacidad de Annie. Había decidido cambiar su vida y estaba haciéndolo de arriba abajo.

Pero no se atrevía a decirle que lo de los besos ya estaba desfasado. La pregunta era si debía acostarse con un hombre en la primera cita o no. Y, en realidad, no había respuesta. Esa era una decisión muy personal.

–No le des tantas vueltas. Un beso ya no significa nada.

–¿Pero qué debo hacer? Yo creo que el comisario y el maestro son muy diferentes y… no sabría qué hacer si saliera con ellos.

La imagen de Annie besando a otro hombre era más de lo que Max podía soportar. La había oído hablar de matrimonio, de la

luna de miel… y encima tenía que imaginarla besando a otro hombre. Era demasiado. No sabía por qué, pero en aquel momento odiaba al comisario y al maestro con todas sus fuerzas.

–Sé espontánea –dijo, con brusquedad–. No lo analices todo.

–¿Espontánea? ¿Así?

Sonriendo, Annie le echó los brazos al cuello y le dio un beso en los labios.

Era uno de los besos más inocentes que había recibido nunca, pero la temperatura de Max aumentó hasta cotas increíbles. Si Annie James iba por ahí besando a los hombres de esa forma, acabaría metiéndose en un buen lío.

–¡Annie!

–¿Qué tal?

Sus labios habían perdido el toque de brillo después de la cena, pero seguían siendo suaves como el terciopelo.

La noche era fresca, llena de los aromas del jardín y el cercano río. Y de Annie. Olía a flores frescas y a algo misterioso y muy femenino. Debía haber estado ciego hasta entonces.

Annie James era mucho más que la vecinita de al lado. Más que su amiga con el corazón de oro. Era una mujer… más inocente que la mayoría, pero en un mundo de experiencias ajadas, una mujer inocente era el mayor de los retos.

Quería besarla, realmente quería besarla y eso le daba pánico. No recordaba la última vez que deseó tanto besar a una mujer.

Pero se preocuparía de ello más tarde.

Cuando estuviera solo en su apartamento, se preocuparía de esas cosas. Por el momento, lo único que quería era besarla. Debía enseñarle a ser cuidadosa y no besar a cualquier hombre impulsivamente…

Pero no podía ser. Si la besaba, ¿qué clase de amigo era? Los amigos no se besan en los labios.

Tragando saliva, Max decidió concentrarse en sus manos.

–Tienes unas manos muy bonitas.

–No son muy suaves. Seguro que las de Buffy sí lo son.

–Las tuyas me gustan más –murmuró él.

Llevaba las uñas cortas y sin pintar, pero eran unas manos suaves y muy pequeñas en comparación con las suyas.

Quería ser tan generoso como Annie, pensó, sintiéndose culpable. Quería ayudarla a encontrar un marido, pero no podía cambiar. No quería cambiar. La realidad era que deseaba que las cosas siguieran como hasta entonces.

Apartando aquel pensamiento de su mente, Max besó su

muñeca. Un beso largo y sensual. Annie dejó escapar un suspiro.

En la oscuridad, era fácil olvidar que aquella era la chica que lo había visto completamente borracho después de hacer una apuesta con sus amigos, la chica que lo empapó con la manguera por comerse el pastel que había hecho para la feria. Un pastel estupendo, por cierto. La ducha mereció la pena.

«No pienses en eso», le decían sus más bajos instintos. Si pensaba demasiado, podría recordar cosas que no quería recordar… como sus principios, por ejemplo.

Max tiró de ella y la apretó contra sí. Bajo el vestido, notaba la curva de sus pechos. El roce de sus pezones fue suficiente para hacerlo olvidar cualquier cuestión moral.

–Hace fresco esta noche –murmuró, pasándole la mano por la espalda, disfrutando del roce del cuerpo femenino. Pero que sus pezones estuvieran duros no tenía nada que ver con él. Annie no estaba excitada por su proximidad. Ni siquiera sabía si quería que estuviera excitada.

–¿Ah, sí?

–¿Qué?

–¿Hace fresco?

–Sí.

Annie era mucho más bajita que él, de modo que Max la tomó por la cintura y la sentó en la barandilla del porche.

Así estaba mejor.

La falda del vestido se le había levantado y podía ver las ligas que sujetaban las medias de seda. Unas ligas muy poco prácticas, pero muy provocadoras. La clase de ligas que a un hombre le gusta quitarle a una mujer. Un incendio se concentró entonces entre sus piernas y, sin poder evitarlo, Max buscó su boca.

Annie ahogó un gemido. La asombraba aquel beso… ¿cómo algo podía ser tan emocionante y tan aterrador al mismo tiempo? Sin embargo, echó la cabeza hacia atrás para dejar que pudiera besarla. Aceptaba la invasión de su lengua y la urgente presión de sus manos, disfrutando de aquella inusitada caricia.

Apenas podía pensar y mucho menos preguntarse por qué Max la estaba besando. Había demasiadas sensaciones recorriéndola en ese momento.

Cuando él se apartó, Annie tuvo que tomar aire.

–¿Max?

–Aún no –murmuró él.

Como respuesta, no tenía sentido. Ni siquiera parecía estar hablando con ella.

–¿Max?

–Calla –dijo él, mordisqueando su labio inferior. Max separó sus piernas y se colocó entre ellas, los duros músculos de un hombre en un sitio… en el que nunca antes Annie los había sentido.

Max volvió a besarla, a consumirla con su boca, y ella sintió un cosquilleo en el vientre. El placer era increíble.

Tenía que hacer algo, le decía su instinto femenino.

Annie enredó los brazos en el cuello de Max, apretándose contra el torso masculino. Le gustó tanto la sensación que emitió un gemido de placer. Afortunadamente, le quedaba suficiente sentido común como para no enredar las piernas alrededor de su cintura, aunque el instinto le decía que lo hiciera.

Al otro lado del jardín, se encendió la luz del porche de Grace. Annie se dio cuenta, pero no era capaz de apartarse.

–¿Eres tú, Max? He oído el coche.

Él se apartó, sobresaltado.

–Sí, soy yo –dijo, con una voz tan roca que Annie apenas la reconoció.

–¿Vas a pasar la noche en casa?

«¿Vas a pasar la noche en casa?»

La pregunta hizo que sintiera un escalofrío. Aquella inocente pregunta despertaba todo tipo de imágenes… nada inocentes. Quería dormir con Annie, aunque estaba seguro de que no dormirían mucho. Pero sabía que sería un gravísimo error, uno que lamentaría después.

–¿Te quedas o no?

A través de las ramas de los árboles que separaban las dos casas, Max vio que su abuela bajaba los escalones del porche.

–No. Vuelvo a Sacramento. Solo estaba… despidiéndome de Annie. Nos veremos mañana.

–¿Vienes mañana?

–Sí. Vendré a buscarte para ir a la iglesia. Buenas noches.

–Buenas noches, Max.

Grace desapareció dentro de la casa.

Max hubiera querido decirle algo a Annie, pero cuando respiró la fragancia de su pelo supo que no estaba preparado. Con un simple roce de sus labios, ella abrió los suyos, dispuesta a seguir con el beso.

Estaba claro que no tenía mucha experiencia y no entendía el confuso mundo de las citas. Sin embargo, tenía un talento natural para excitar a un hombre. Su forma de besar era una revelación…

un regalo más de su generoso espíritu.

Max tenía los dedos enredados en las complicadas cintas que sujetaban el vestido, intentando buscar una forma de acariciarla sin ser demasiado obvio… pero se quedó inmóvil. Había barreras que no podía saltarse. No podría mirarla a los ojos si las cosas fueran más lejos. Ella no le había pedido que la iniciase en el sexo, solo que le enseñara qué hacer para atraer a un hombre.

–¿Annie?

–¿Sí?

Aún luchando contra la fuerza de su deseo, Max dio un paso atrás.

–Querías saber si debes besar a un hombre en la primera cita –dijo, con voz ronca–. Muchos hombres no se pararían en un beso. Debes tener cuidado, Annie. Recuérdalo cuando salgas con tu maestro, o con el comisario. No confíes en nadie.

Ella parpadeó. ¿Por qué iba a querer parar si el beso le gustaba tanto?

–Pero…

–Esta ha sido una lección para que sepas cómo funcionan las citas. Pero si lo intentas con otro hombre, podría ser muy diferente.

¿Lección? ¿Eso era lo que Max estaba haciendo? ¿Dándole una lección?

Pues ella tenía un par de lecciones que darle.

Capítulo 6

GRACIAS, Max. Eres muy amable –dijo Annie, sarcástica–. Desde luego, esta lección me hacía mucha falta.

Él la miró con curiosidad.

–Solo he pensado que tenías que saber…

–¿Que tenía que saber? Para empezar –dijo Annie entonces, saltando de la barandilla– yo no he empezado el beso. Has sido tú.

–No es verdad. Has empezado tú.

–Yo solo te di un besito en los labios. Has sido tú el que ha decidido que necesitaba una estúpida lección sobre los hombres que no pueden parar después de un beso.

–No era una estúpida lección.

–Sí lo era –insistió ella, mordiéndose los labios.

Había pensado que Max quería besarla, pero solo era «una lección» sobre los hombres que quieren aprovecharse de las mujeres. Aunque le había pedido ayuda, esa lección en concreto no le hacía ninguna falta.

–No ha sido una estúpida lección –repitió Max–. Con un vestido así, le das un beso a un hombre y… ¿qué esperas que pase?

–Espero que se comporte como un caballero –replicó Annie–. Y a mi vestido no le pasa nada. De verdad, Max, no te entiendo. Se supone que eres un sofisticado cosmopolita y ahora resulta que mi vestido es provocativo. Eres un mojigato.

–¿Yo, un mojigato? –replicó él, incrédulo–. Que yo sepa, eres tú quien sigue siendo virgen.

Eso le dolió. Pero no debería dolerle. Al fin y al cabo, era verdad.

–Pero no soy una mojigata.

Max dejó escapar un suspiro.

–Perdona, Annie. No debería haber dicho eso.

–No, es verdad –dijo ella, dolida.

No pensaba perdonarlo. Lo había besado con tanta ilusión… pero él solo estaba haciendo de profesor.

–Lo siento.

–Yo no me voy acostando por ahí con todo el mundo, pero no soy tan tonta como crees.

–Yo no creo que seas tonta, solo… inocente. No conoces a los hombres.

–Créeme, estoy aprendiendo muy rápido –murmuró Annie.

En aquel momento, había un hombre en particular al que hubiera colgado por los pulgares… o por cualquier otro apéndice.

–Vale, lo siento. No debería haberlo hecho.

No le importaba que la hubiera besado, le importaba por qué lo había hecho. Pero no podía decírselo sin empeorar las cosas.

–Además, ya te he dicho que el maestro y el comisario no son «míos». Quiero enamorarme, no pillar a cualquiera para llevarlo al altar.

–Annie…

–¿Y qué demonios le pasa a mi vestido? ¿Qué pasa, quieres que vaya con cuello alto?

–El vestido está bien.

–Has dicho exactamente «¿qué esperas que pase si le das un beso a un hombre con un vestido así?»

Max hizo una mueca.

–Es que no estoy acostumbrado a verte con cosas tan… atrevidas. Me sorprende.

–¿Qué te sorprende? ¿Que lleve algo bonito o que me quede bien?

Mucho tiempo atrás, uno de los padrastros de Max lo había llevado con él a pescar, en pleno invierno. Nunca se había tomado muy en serio lo de relacionarse con sus padrastros o madrastras porque solían durar muy poco, pero recordaba claramente aquel día. Recordaba el silencio, roto solo por el sonido del hielo crujiendo bajo sus pies, sabiendo que con cada paso podía terminar hundido en agua helada. Así era como se sentía con Annie.

–Siempre has vestido de una forma y ahora… Ahora llevas cosas que te hacen parecer diferente.

–Ah, ya veo.

No había luz suficiente como para ver su expresión, pero se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata… aunque no sabía por qué.

En realidad, nunca se le habían dado del todo bien las relaciones con las mujeres y no sabía qué decirle a Annie. No se sentía a gusto con ella y era entonces cuando solía decirle adiós a una mujer.

Pero no quería decirle adiós a Annie James. Nunca. Tenían que recuperar la relación que mantenían antes, la amistad que los

había unido durante tantos años, antes de que ella decidiera cambiar su vida y buscarse un marido para poder tener un hijo.

–Estás muy guapa con ese vestido –dijo, intentándolo de nuevo–. Pero estás diferente. Y eso me hace sentir incómodo.

–Ya –dijo Annie entonces. Afortunadamente, no parecía tan enfadada.

–Supongo que me siento protector porque tú para mí eres… como una hermana.

«Mentiroso», le dijo una vocecita. No se sentía en absoluto fraternal con Annie. Por un momento, mientras la besaba, se había sentido como su amante y seguía un poco afectado por todo el asunto.

Annie sería una amante fabulosa, pero ella era de las que quieren casarse. Nunca podría llevársela a la cama si antes no le ponía un anillo en el dedo. Por eso quizá nunca había querido verla como algo más que una amiga.

Ella seguía en silencio, aunque no tenía claro si estaba enfadada o a punto de ponerse a llorar.

–Lo siento –dijo por fin–. Creo que me he pasado.

–No importa –murmuró Max.

Aunque no le gustaba la idea de haber perdido el control con Annie, le gustaba aún menos saber que ella solo lo besaba para practicar. El primer beso siempre tenía que ser especial… Lo mirase como lo mirase, había sido un fiasco.

Estaba empezando a dolerle la cabeza, se dio cuenta entonces.

–Se está haciendo tarde. Tengo que irme.

–Pensé que la gente de la ciudad se acostaba a las tantas.

–Sacramento no es Nueva York. ¿Recuerdas cómo la llaman?: «el pueblo más grande del mundo».

Era cierto. Sacramento era la capital administrativa de California, aunque mucha gente pensaba que era Los Ángeles. Y, en realidad, seguía siendo una ciudad con sabor a pueblo.

–Yo prefiero Mitchellton –dijo ella.

Max apretó los dientes. Seguía enfadada, estaba claro. Annie lo ponía nervioso desde que anunció su intención de encontrar marido. No era solo su ropa, era algo más. La veía de otra forma. Había cambiado.

Intentó buscar una buena definición, pero solo se le ocurría la palabra «sincera». Annie jamás le había mentido, pero tenía la impresión de que había escondido una parte de ella misma, la parte que decía lo que pensaba y no evitaba discusiones.

–Bueno, hasta mañana. Os llevaré a la iglesia a las doce –se

despidió, bajando los escalones del porche–. Buenas noches, Annie.

–Buenas noches, Max.

Estaba a medio camino cuando recordó que no había comprobado las ventanas antes de marcharse. Y tendría que hacer algo con la puerta, pero hasta que pudiera cambiar la cerradura…

–Maldita sea –murmuró, tomando la primera salida de la autopista.

Annie no había echado la llave en toda su vida, pero él era más serio con esas cosas. Al menos, lo era cuando podía pensar con claridad.

Max detuvo el BMW delante de la casa y llamó a la puerta. Pero en ese momento, oyó risas en el jardín.

Annie.

Tenía una risa simpática, auténtica. Una risa que te hacía sentir bien. En silencio, dio la vuelta a la casa y se quedó entre las sombras, observándola.

Se había quitado el vestido y llevaba un camisón blanco. Estaba jugando con los aspersores, alegre como una niña. A la luz de la luna, con aquel camisón y saltando bajo el agua parecía una ninfa, demasiado hermosa como para ser real.

Algo rozó su pierna y Max bajó la mirada. Era Barnard, el conejo de Annie, que estaba mordiéndole los cordones de los zapatos. Sonriendo, se sentó en una de las sillas de mimbre y se colocó al conejo sobre las rodillas mientras se quitaba la corbata.

–No te muevas –le dijo en voz baja.

No quería que Annie lo viera. Quería seguir mirándola bajo el agua, riendo, con el pelo mojado, jugando a algo a lo que solían jugar cuando eran niños.

Pero el juego había cambiado porque ella ya no era una niña. Y cuando levantaba los brazos, cuando movía las caderas… era definitivamente una mujer.

La delgada tela del camisón se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y aunque Max había comprobado que tenía una bonita figura, la imagen de aquel camisón empapado que la mostraba prácticamente desnuda ante sus ojos lo dejó sin aliento. La había tocado, la había besado, había deseado compartir su cama… sin saber que tenía un cuerpo como para caerse de espaldas.

–¿Qué estoy haciendo? –murmuró para sí mismo, cerrando los ojos.

Pero daba igual. La imagen de Annie estaba grabada a fuego en su mente.

Se sentía como un *voyeur* y, desde luego, empezaba a hacerle falta una ducha fría. Pero si se unía a los juegos de Annie o le hacía saber que estaba allí… realmente temía lo que pudiera pasar.

Mascullando una maldición, se levantó y dejó al conejito en el suelo antes de entrar en la casa. Intentando no hacer ruido, fue habitación por habitación comprobando que las ventanas estaban cerradas y después volvió a su coche.

Durante unos minutos se quedó inmóvil, con las manos en el volante, luchando contra el deseo que se había apoderado de él.

Mucho tiempo atrás, había resuelto no dejar que su cuerpo lo guiara. La pasión estaba bien, pero no podía dejar que controlase su vida; el coste era demasiado alto. Sin embargo, no podía recordar cuándo fue la última vez que tuvo tantos problemas para controlar aquella fiebre o la presión que había bajo la cremallera de sus pantalones.

Por Annie.

¿Cómo podía haberla besado de esa forma?

–Cálmate –se dijo a sí mismo. Si no se controlaba, arruinaría aquella amistad para siempre.

Los diversos matrimonios de sus padres le habían enseñado una cosa: el amor no dura. Y prefería tener a Annie en su vida de forma permanente como amiga que perderla por convertirla en su amante.

Annie abrió un ojo, sobresaltada.

–¿Qué pasa? –preguntó, mirando al conejito, que dormía a su lado–. Barnard, me has asustado, tonto.

Barnard movió la nariz como respuesta, pero no dijo nada.

Naturalmente.

–Me da igual que tú seas tan buen conejo. Yo quiero un marido. No quiero ofenderte, pero no me sirves para lo mismo.

El animal parpadeó, pero no parecía ofendido por el comentario. Probablemente, porque también él prefería como compañera de cama a una guapa conejita.

–Menudo par –suspiró Annie entonces–. ¿Tú también te sientes solo? ¿Te sientes vacío, como yo?

Era la primera vez que admitía aquello en voz alta. Y no estaba pensando en hacer el amor, sino en saber que tenía a alguien a su lado, esperando que ella lo mirase con una sonrisa en los labios.

Alguien como Max.

Annie cerró los ojos de nuevo y se envolvió en el edredón. Nunca había entendido a Max, pero después de lo que había pasado estaba aún más confusa.

La había besado apasionadamente y después era como si no le importase nada. En medio del beso, se había detenido para darle una charla sobre la importancia de no confiar en el hombre equivocado.

La verdad era que tenía cierta razón. Max era el hombre equivocado para ella. Podía ser el hombre más atractivo del mundo, pero Annie no podía entender a alguien tan confuso. Además, él no quería vivir en Mitchellton y ese era su hogar.

–No pienso marcharme de aquí –le dijo a Barnard–. Y, además, me da igual. Es un buen amigo y nada más.

Las protestas ni siquiera le sonaban sinceras a ella. Tenía que enfrentarse con la realidad y la realidad era que los hombres como Max no se enamoran de chicas de pueblo como ella que sabían más sobre cultivar verduras que sobre alta costura. Y Max no pensaba enamorarse de nadie, de modo que era ridículo soñar con un imposible.

Barnard saltó a los pies de la cama y Annie dejó escapar un suspiro. Como interlocutor, un conejo dejaba mucho que desear.

En ese momento, oyó el ruido de un coche y miró el despertador. ¿Las once de la mañana? ¡Ella nunca había dormido tanto en toda su vida! La verdad era que apenas había pegado ojo, pero las once de la mañana… tenía menos de una hora para arreglarse.

Annie saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño. Aquel día tendría la oportunidad de ver al maestro y al comisario llevando su vestido nuevo.

–Ponte seria –se dijo, mirándose al espejo–. ¿Quieres casarte o no?

La respuesta era «sí, quiero».

Se duchó y lavó el pelo a toda prisa y cuando bajó a la cocina se quedó helada. En el suelo, el camisón de la noche anterior, que había dejado sobre una silla y, en el suelo, una corbata. Barnard debía haberla llevado desde el jardín porque tenía la marca de sus dientes. Pero Annie la reconoció como la corbata de Max, la que había llevado por la noche.

¿Qué hacía en la cocina?, se preguntó. Estaba completamente segura de que Max la llevaba puesta cuando se despidió.

Debía haber vuelto…

Y debía haberla visto bajo los aspersores. Annie se puso como

un tomate, pero no porque la hubiera visto jugando bajo el agua. Eso era algo que solían hacer de pequeños.

Pero la tela del camisón blanco empapado debía haber sido casi transparente. Incluso a la luz de la luna.

¿Por qué no había dicho nada? ¿Por qué se había marchado sin decir una palabra?

De repente, sonrió, aunque no hubiera podido explicar qué era lo que la hacía sonreír. ¿No había decidido que era absurdo pensar en Max de forma romántica? ¿No era una amenaza para su deseo de casarse y tener un hijo? Debería tener más sentido común y no preguntarse qué habría sentido Max al verla medio desnuda.

Pero, evidentemente no tenía ni una onza de sentido común. No cuando se refería a Max Hunter.

Casi una hora después, Annie examinaba su rostro en el espejo. No estaba mal. De hecho, estaba muy bien. Alegre, dio una vueltecita para sentir la tela del vestido flotando a su alrededor. Quizá era un poco demasiado para ir a la iglesia el domingo por la mañana, pero como decía el viejo proverbio: «en el amor y en la guerra, todo vale».

Como iban a la iglesia, se abrochó el botón que dejaba sus muslos al aire, pero pensaba desabrocharlo en cuanto terminara la misa.

Cuando miró por la ventana, vio a Max en el porche de su abuela. Estaba pasándose la mano por el mentón, pensativo.

Annie tomó su bolso y bajó las escaleras corriendo, no porque no recordase el consejo de Max de hacer esperar a sus acompañantes, sino precisamente por lo contrario. La mejor forma de mantener su amistad era volver a hacer lo que siempre había hecho con él: portarse como la vecina de al lado.

–Hola, Max –lo saludó, tan alegremente como pudo–. ¿Has dormido bien?

Un tema espinoso, pensó, mordiéndose los labios. Aunque sonaba como una pregunta inocente, una pregunta que le había hecho miles de veces.

Pero, ¿cómo se actúa delante de un hombre que te ha besado apasionadamente la noche anterior? ¿Cómo se actúa de forma normal cuando se sabe que nada es normal? Que nada volvería a ser normal nunca…

–Bien.

–Ah, me alegro.

Max se metió las manos en los bolsillos e intentó no quedarse mirándola como un lobo. Llevaba el vestido por el que él tanto había protestado en la tienda y sabía que había un toque de desafío en la elección. No estaba perdonado del todo por el fiasco de la noche anterior y no podía culparla.

Se suponía que era él quien tenía experiencia. Debería haber evitado que las cosas llegaran tan lejos.

Ninguna mujer quería oír que la habían besado para «enseñarle algo». Además, era una excusa, no la verdadera razón. Lo peor era saber que podía haberlo arreglado todo solo con admitir que ella besaba de maravilla. Eso era lo que Annie había querido oír, estaba seguro. Por supuesto, podría haberse metido en un lío, pero debería haberlo dicho de todas formas.

–Annie, yo… –las palabras se le quedaron atragantadas.

–¿Sí?

–El otro día dijiste que… a mí no me gustan las mujeres que discuten.

–Y es verdad.

–¿Por eso no discutes conmigo?

Annie lo miró, sorprendida. Pero simplemente se encogió de hombros.

–Yo creo que últimamente discutimos bastante.

–Sí, *últimamente* –dijo Max, poniendo énfasis en esa palabra. Con la mayoría de la gente, daría igual. Pero con Annie…

–Es que antes no teníamos nada por lo que discutir. Nunca hablábamos de nada realmente importante.

–Claro que sí. Somos amigos.

Ella miró hacia el jardín y Max pensó que era para esconder su expresión.

–Jugábamos al Trivial y hablábamos de deportes, de arquitectura o de la gente de Mitchellton. Pero casi siempre eran cosas sin importancia.

Max entendió a qué se refería. En el pasado, algunas mujeres lo habían acusado de no hablar claramente sobre sus sentimientos, de mostrar solo una fachada, pero aquella era la primera vez que le importaba.

Y entendió otra cosa: no quería que Annie cambiase. Si no discutían, seguirían siendo amigos como siempre.

Aunque… quizá no era la clase de amigo que ella necesitaba.

–La verdad es que nunca hemos hablado… de tu padre. De cómo te sentiste cuando se puso enfermo. Y cuando murió.

Incluso entonces le costaba trabajo decir aquello. Hablar de

sentimientos le resultaba ajeno, difícil. Aunque reconocía que Annie debió pasarlo muy mal. Su madre murió cuando era una niña y su padre cuando era una adolescente.

Cuando ella lo miró, había compasión en sus ojos.

–No pasa nada, Max. Lo entiendo.

¿No pasaba nada? ¿Cómo podía decir eso?

–Siento no haberte ayudado cuando me necesitabas. Intentaré hacerlo un poco mejor a partir de ahora.

Pero sabía que le sería difícil mantener esa promesa. Si Annie se casaba, a su marido no le haría gracia que tuviera un amigo íntimo. ¿Sobreviviría su amistad? ¿Podría dejar de ser un egoísta y ayudarla a encontrar marido?

Quizá. Al menos, tenía que intentarlo. Pero no podía dejar que experimentase con cualquiera. Era demasiado ingenua. Tendría que quedarse en Mitchellton para protegerla. No demasiado cerca, pero sí lo suficiente como para asegurarse de que no se le iba la cabeza con su proyecto de buscar pareja.

Y, considerando lo guapa que era, no tardaría mucho en encontrar a un hombre que se volviera loco por ella. Los hombres de Mitchellton no estaban ciegos y seguro que al maestro y al comisario se les saldrían los ojos de las órbitas al verla con aquel vestido.

–Lo siento mucho –repitió de nuevo, deseando disculparse por todas las veces que había pensado ser un amigo y no lo fue.

Sin embargo, Annie le había dado una oportunidad tras otra; oportunidades que no se merecía.

–Me ayudaste con la tienda, Max –dijo ella entonces–. ¿Recuerdas cuando mi padre se puso enfermo y tú me ayudabas por las tardes? Además, te encargabas de mi huerto y me hacías reír. Esa también es una forma de ayudar a un amigo.

Era muy generoso por su parte. Pero Max sabía que no había hecho suficiente. Annie era su mejor amiga; debería haber estado cerca cuando lo necesitaba.

Estaba empezando a darse cuenta de que una mujer como ella necesitaría una persona muy especial para compartir su vida.

–Ahora no lo estoy haciendo mucho mejor –murmuró–. Mira lo mal que reaccioné cuando me dijiste que querías casarte. En cuanto a tu problema para tener niños…

–No te preocupes por eso.

Annie le puso una mano en el brazo, sonriendo. Y Max se quedó sin aliento. Llevaba el pelo sujeto en un moño alto y con aquel vestido le recordaba a una de las musas del fotógrafo

Gibson, un artista al que había admirado desde pequeño. Por supuesto, ella siempre le había parecido guapa, no tenía que vestirse de forma diferente para que se diera cuenta.

–¿Nos vamos? –preguntó Grace Hunter, saliendo de la casa–. ¡Vaya, Annie! Estás guapísima. Parker y Josh irán detrás de ti como cachorritos, ya verás.

–¿Quiénes son Parker y Josh? –preguntó Max.

–¿De verdad crees que se fijarán?

–Por supuesto que sí. Te lo digo en serio: para Halloween, estás casada.

–¿Quiénes son Parker y Josh? –insistió él.

–Parker McConnell es el nuevo maestro y entrenador del equipo de fútbol –explicó Grace–. Y Josh Kendrick es el nuevo comisario. Ninguno de los dos está casado ni tiene novia.

–¿Cómo lo sabes?

–En este pueblo, se sabe todo –contestó su abuela, mirándolo como si fuera un deficiente mental–. Además, he preguntado, por supuesto.

Max masculló algo ininteligible.

–Pues entonces, imagino que empezarán a sospechar que alguien intenta casarlos.

–Los hombres guapos como Josh y Parker siempre tienen a alguien intentando casarlos –dijo Grace tranquilamente–. Pero son buena gente y uno de ellos será un estupendo marido para nuestra Annie. Ah, por cierto, ¿has hecho el pastel para la fiesta de la parroquia? Puede que sea una anticuada, pero sigo pensando que el mejor camino para llegar a un hombre es el estómago.

Annie asintió.

–Lo guardé en la nevera de la iglesia ayer por la tarde. Es el de chocolate.

–Perfecto. ¿Sabes que Annie lleva seis años ganando el primer premio con ese pastel, Max?

Él se aclaró la garganta.

–Venga, vámonos. No querréis llegar tarde a la iglesia, ¿no? Josh y Parker están esperando.

Lo había dicho con tanta rabia que Annie lo miró, sorprendida.

Pero Max no pensaba dar explicaciones. Una cosa era intentar enseñarle qué debía hacer para que un hombre se fijara en ella y otra muy distinta ponerle nombre a ese futuro marido. Y que su abuela pensara que «uno de ellos sería un estupendo marido para nuestra Annie»…

Por no mencionar el pastel que había hecho para dos hombres

a los que Max hubiera querido estrangular. Sin conocerlos siquiera.

Annie intentaba escuchar el sermón en lugar de pensar en sus propios problemas. Tenía a Grace a la derecha y a Max a la izquierda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Al otro lado del pasillo estaba Josh Kendrick y un poco más adelante, Parker McConnell.

Ambos se habían fijado en ella, pero cuando intentaron acercarse Max los fulminó con la mirada. Cualquiera habría pensado que estaba celoso, pero ella lo conocía bien. Solo se estaba poniendo imposible.

Aún así, los dos hombres la miraban de vez en cuando y Max estaba seguro de que, en cuanto él se fuera, se lanzarían sobre ella como tigres.

Cuando terminó la misa y Grace estaba hablando con unas amigas, Annie le dijo al oído:

–Vete. A partir de ahora puedo hacerlo yo solita.

–De eso nada. He prometido ayudar y pienso ayudarte.

–Pero no me estás ayudando…

–Tonterías –la interrumpió Max–. Es bueno que crean tener competencia. En serio, los hombres somos así.

Annie se mordió los labios. Le hubiera gustado darle un bofetón, pero no podía hacerlo porque estaban en la puerta de la iglesia y quedaría fatal.

–No sabes lo que dices.

–Claro que lo sé. Soy un hombre.

–Sí, pero…

–Y querías mi consejo, ¿no?

–Pues…

Tenía razones para pensar que eso de pedirle consejo había sido una locura.

–Entonces, escúchame. Los hombres se ponen malos cuando creen que hay otro merodeando alrededor de una chica.

Personalmente, Annie pensaba que era una bobada. Y no sabía si Max entendía bien la situación. Quizá los hombres de la ciudad actuaban de forma diferente a los hombres de un pueblo pequeño…

En ese momento, vio a Josh Kendrick dirigirse hacia ella con expresión determinada.

–Hola. Soy Josh Kendrick –dijo, ofreciendo mano.

–Annie James –se presentó ella. No le produjo ninguna emoción especial estrechar su mano, pero le gustó el contacto–. Y este es el nieto de mi vecina, Max Hunter. Nos criamos juntos.

–Hola.

–Hola –dijo Max.

No se estrecharon la mano, pero tampoco se miraban de forma hostil, de modo que Annie intentó relajarse.

–Me han dicho que el otro día rescató a un perro del río –dijo, intentando hacer conversación–. Me parece un gesto precioso. No todo el mundo arriesgaría su vida para salvar a un animal.

–No fue nada. Me encantan los animales.

–Estupendo –intervino Max–. A Annie también le gustan los animales. Tiene un conejo y un gato a los que trata como si fueran sus hijos…

No pudo terminar la frase porque ella le dio un codazo en las costillas. Evidentemente, debía gustarle Josh.

Y eso lo puso enfermo. La idea de que su abuela tuviera razón y estuviera casada para Halloween lo ponía positivamente enfermo.

–¿Helado, comisario? –preguntó una mujer que no debía tener menos de ochenta años, tonteando con Josh Kendrick como si tuviera veinte.

–Gracias, pero quiero probar el pastel de chocolate de la señorita James – sonrió él–. Me han dicho que es legendario.

–Desde luego que sí –asintió la anciana–. Nuestra Annie es una cocinera magnífica.

–Y no soy suficientemente mayor como para ser una leyenda –protestó ella.

–Desde luego que no –dijo Josh, probando el pastel–. Pero, desde luego, esto está buenísimo. No me extraña que sea una leyenda en Mitchellton.

–Gracias –sonrió Annie.

–Yo también quiero probarlo –dijo Parker McConnell–. Si el comisario no lo ha acaparado todo… como está intentando acapararla a usted.

Los dos hombres sonrieron, pero Max se daba cuenta de que estaban midiéndose el uno al otro. Lo habían mirado a él de la misma forma hasta que descubrieron que solo era un amigo. Aparentemente, no creían que un amigo pudiera ser competencia y eso lo irritaba. Él conocía a Annie desde que era pequeño, de

modo que estaba más cerca de ella.

Y tenía más derechos.

–Hay para todos –dijo Annie entonces, sirviéndole un trozo de pastel a Parker.

–Gracias, señorita James.

–Por favor, llámame Annie.

–¿Yo también? –preguntó el comisario.

–Por supuesto.

Lo estaba pasando bomba. Parker y Josh no le quitaban el ojo de encima y eso le daba seguridad.

–Annie es la mejor cocinera del estado –dijo Max.

Ella se puso tensa. Cada vez que empezaba a relajarse Max lo estropeaba con algún cumplido fuera de lugar.

–¿Por qué no te sientas un rato con tu abuela?

–No, la última vez que me mandaste para allá me echó con cajas destempladas.

Annie levantó los ojos al cielo.

–Entonces, ¿por qué no vas a tomar… un poco de helado?

–Ya he tomado dos copas.

Si pudiera, le tiraría un cubo de helado en la cabeza, pero como era imposible intentó sonreír. Pedirle ayuda a Max realmente había sido un error. Estando a su lado le resultaba muy difícil mirar a otro hombre. Y con él actuando como si fuera su guardaespaldas era muy difícil disimular.

¿Cómo iba a enamorarse de nadie teniéndolo cerca?

No podía, sencillamente.

Max tenía que desaparecer. Enamorarse de un hombre que no creía en el matrimonio no la ayudaría nada. Y no quería terminar sola, con el corazón roto y sin hijos.

–Hola, entrenador. ¿Tenemos práctica esta tarde? –preguntó un chico.

–Pues… sí –contestó Parker, evidentemente molesto–. Bueno, tengo que irme, Annie. Espero que volvamos a vernos.

El comisario parecía encantado al habérselo quitado de encima, pero no duró mucho. Su teléfono móvil empezó a sonar y unos minutos después, miraba a Annie con expresión entristecida.

–Lo siento. Parece que ha habido un accidente en el dique. Tengo que irme.

–Vaya, qué pena –dijo Max, incapaz de disimular una indecente expresión de alegría–. Espero que no sea nada grave.

–Yo también. Annie, ¿puedo llamarte por teléfono un día de estos?

–Sí, claro.

–Estupendo. Te llamaré el jueves.

En cuanto desapareció, Annie se llevó a Max a una esquina.

–¿Qué haces?

–¿Yo? Intentar ayudarte.

–Pues la próxima vez que quieras ayudarme, hazlo a un kilómetro de distancia. No sé qué habrán pensado viéndote pegado a mí como una lapa.

–Lo que han pensado es que eres una mujer muy atractiva y que quieren salir contigo –replicó Max, irritado. Pero no con ella, sino consigo mismo.

Había decidido observarla a distancia para ayudarla a encontrar marido, pero no podía mantenerse a distancia. En cuanto el maestro y el comisario empezaron a atacar, se puso malo.

Y eso quería decir que tenía un problema porque estaba claro que ni Josh Kendrick ni Parker McConnell iban a desaparecer. La llamarían, querrían salir con ella… Y él no podía hacer nada.

Capítulo 7

DE VERDAD? –preguntó Annie.

Una cosa era pensar que el maestro y el comisario se sentían atraídos por ella y otra muy distinta que Max lo confirmara.

–Sí –contestó él, con brusquedad.

Annie había dejado de intentar entenderlo. Desde que le contó lo que pasaba, estaba rarísimo.

–Pensé que lo estaban… pero es difícil saberlo con seguridad.

–Eres una mujer inteligente y muy guapa, ¿por qué no ibas a gustarles?

–Ya sabes –se encogió ella de hombros. No le gustaba reconocer su inseguridad delante de Max–. Ya sé que el vestido me queda bien, pero…

–No es el vestido, Annie. Siempre has sido guapa. Antes te escondías, pero ya no.

Annie se preguntó si eso sería verdad. En realidad, era cierto que había estado escondiéndose tras la ropa ancha. Debía haber cientos de señales que hombres y mujeres se pasaban para demostrar que estaban interesados los unos por los otros, pero ella nunca había prestado mucha atención a ese aspecto de la vida. No podía culpar a nadie por llevar una vida social… inexistente.

Pero gracias a la ayuda de Max, estaba aprendiendo. Lo cual significaba que no debía enfadarse con él. Aunque a veces fuera un estorbo.

–Tienes razón. Creo que lo de hoy ha ido bastante bien. Josh ha dicho que va a llamarme.

–Sí, ya –murmuró él.

–Grace va a comer en mi casa. ¿Te quedas?

–Vale.

No parecía muy alegre, pero Max no parecía muy alegre últimamente.

Y no había nada que ella pudiera hacer para solucionar la situación. Para volver a ser amigos y hablar solo de cosas sin importancia.

Annie se unió al resto del grupo, intentando no pensar en Max.

Pero era imposible.

No había esperado que él reconociera las limitaciones de su amistad y se preguntaba si había sido una tonta al morderse la lengua cada vez que estaban juntos… si había sido un error no esperar más de él. Siempre había respetado los límites que el propio Max había impuesto, sabiendo que no se podía cambiar a la gente. Pero podría cambiar. Él mismo se había dado cuenta de que no la apoyó mucho cuando perdió a su padre.

–Hoy todo el mundo estaba pendiente de ti –sonrió Eva Sanderson–. Ya verás cómo a partir de hoy Josh y Parker vienen mucho más por la parroquia.

–Max Hunter estaba tan celoso que pensé que iba a liarse a puñetazos –intervino Rachel Adams, la esposa del predicador.

Annie sonrió, cortada. Pero no tenía gracia; la idea de que Max estuviera celoso era absurda. Seguramente, había aparentado interés para que los otros hombres creyeran que debían competir con él, pero todo era una charada.

–Yo lavaré las servilletas –dijo, mirando al suelo.

–Me toca a mí –protestó Rachel.

–No pasa nada. Pensaba hacer la colada esta tarde de todas formas –dijo Annie, buscando cualquier excusa para desaparecer.

Debería haberse dado cuenta de que todo el mundo estaba pendiente de ella. Además, entre los miembros de la parroquia no había habido un noviazgo en sesenta años, desde que Morris Jeppers había conseguido que Jane Hastings le dijera que sí. Morris tenía en aquel momento cuatro hijos y doce nietos, pero Annie esperaba que, unos meses después, de quien se hablara fuera de ella y su futuro marido.

Cuando salía del salón, Max le quitó el montón de servilletas de las manos. Era un gesto muy caballeroso, casi el de un novio… lo cual mostraba lo engañosas que pueden ser las apariencias.

–¿Nos vamos? Mi abuela está esperando en el coche.

–Vale.

Él la tomó por la cintura y Annie tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse como un tomate. Todo el mundo estaba mirando.

Nadie se habría percatado del gesto unos días antes, estaba segura. Pero con aquel vestido se había convertido en el foco de atención. Era ridículo. Todo el mundo en Mitchellton sabía lo que Max Hunter pensaba del matrimonio.

–¿Te importaría que comiéramos un poco más tarde?

–¿Por qué?

–Las tiendas no están abiertas y necesito una ferretería.

–¿Y dónde vas a encontrar una ferretería abierta?

–En Sacramento –contestó Max.

Annie lo miró, incrédula.

–¿Vas a ir a Sacramento ahora?

–Sí, señorita.

–¿Se puede saber para qué?

–Para ponerte una cerradura nueva. ¿Recuerdas?

–No hace falta. Y no tengo ninguna prisa –replicó ella.

–Sí la tienes –dijo Max, abriendo la puerta del coche–. No pienso dejar que pase un día más sin ponerte una cerradura nueva.

–Eso es asunto mío, no tuyo.

–Esta es una pelea que no vas a ganar, Annie –sonrió Grace–. Max es tan cabezota como tú.

–Es mi casa, no la suya.

Grace dejó escapar una risita.

–Yo le dije lo mismo. Pero no sirvió de nada. Cuando se le mete una cosa en la cabeza…

Max gruñó algo ininteligible. Pero le daba igual. Iba a ponerle una cerradura nueva para evitar un posible robo. Incluso su precioso comisario estaría de acuerdo con él.

¿Su comisario?

No era suyo todavía, pero Max temía que podría serlo. Él o el maestro. Annie quería enamorarse y estaba seguro de que, presionada como estaba por las circunstancias, no sería demasiado exigente.

La falda de su vestido se había levantado un poco al subir al coche y Max podía ver sus muslos. Ese vestido era un escándalo. O eso o él se había convertido repentinamente en un mojigato.

–Te estás poniendo imposible. No necesito que nadie cuide de mí.

–¿He dicho yo que quisiera cuidar de ti?

–No te hagas el listo –replicó ella–. ¿Qué haces aquí dos domingos seguidos? La gente va a empezar a murmurar.

–Me da lo mismo.

Era cierto. Le daba igual lo que la gente de Mitchellton pensara. Los conocía a todos. Estaban un poco más viejos, pero eran los mismos de siempre.

–Siempre te ha dado lo mismo. Si los pobres pudieron soportarte cuando eras un adolescente, también podrán soportarte ahora –suspiró Annie, apretando los labios.

Max miró por el retrovisor y vio que su abuela estaba sonriendo, encantada con la discusión.

–¿Quieres añadir algo, abuela? Seguro que hay cosas de mí que

Annie no sabe.

La mujer cruzó las manos sobre el regazo, en un gesto primoroso.

–No tengo nada que decir. Pero nunca os había oído regañar hasta ahora. Y es muy interesante.

–No estamos regañando.

–Sí, claro –sonrió la anciana.

Annie se cruzó de brazos, negándose a mirar a Max. Sabía que Grace intentaba ayudar, pero no estaba ayudando nada.

En realidad, estaba deseando tener una buena bronca con él. La gente no siempre está de acuerdo en todo y no pasa nada. Siempre se había guardado tantas cosas… ¿cómo podía ser franca con nadie si se lo escondía todo al hombre más importante para ella?

¿El hombre más importante…?

Annie se quedó lívida al percatarse de lo importante que era Max Hunter en su vida. Y lo cerca que estaba de enamorarse.

No. Eso no podía pasar. Cuando llegaron casa, prácticamente se tiró del coche en marcha.

–Hasta luego –se despidió, sin mirarlo.

–¿A qué hora vengo a comer, Annie? –le preguntó Grace.

Si hubiera podido retractarse de la invitación, lo habría hecho. Pero también había invitado a la abuela de Max y él estaba decidido a «cuidar de ella», de modo que iba a cambiar la cerradura le gustase o no.

¿Cuidar de ella?

Qué risa.

Alguien debería protegerla de él. Max Hunter era una amenaza para su corazón.

Annie tragó saliva, observándolo.

Hacía calor, un calor sofocante típico del verano, y Max se había quitado la camisa para cambiar la cerradura. Si fuera otro hombre, igual de alto y de guapo, le daría lo mismo. Pero era Max Hunter. Sin camisa.

Después de comer, Grace volvió a su casa para echarse la siesta, dejándola sola con su nieto. Max había ido a Sacramento para comprar una cerradura y allí estaba, trabajando, con los bíceps marcados y un torso cubierto de fino vello oscuro que era como para desmayarse.

–Hay que lijar esto –murmuró, sacando la puerta de sus goznes para tumbarla en el suelo. La puerta, claro.

No era un exhibicionista, pero debería serlo. A Annie se le doblaban las rodillas mirando esa piel dorada, esos músculos de la espalda que eran como los de un héroe de las películas de acción.

–Cálmate –se dijo a sí misma, sentándose a la sombra de un roble. No era la primera vez que veía a Max sin camisa.

Lo había visto muchas veces. Cuando le instaló el teléfono, cuando le hizo el estanque… Pero era la primera vez desde que la había besado, desde que sintió aquel duro cuerpo masculino apretado contra el suyo.

Como lección, se recordó a sí misma. Quizá algún día podría recordar aquella y reírse.

Sí, cuando tuviera cien años y se le hubieran caído todos los dientes.

Max volvió a colocar la puerta sobre sus goznes, en silencio. Cada movimiento parecía calculado para hacer que el estómago se le encogiera. Pero no era así. Él ni siquiera sabía que lo estaba mirando.

–¿Max?

–¿Sí?

–¿Dónde has aprendido a arreglar cosas? Tú eres arquitecto.

–No siempre he sido arquitecto. Me pagué los estudios trabajando como albañil.

–Pensé que tu padre había pagado la universidad.

Max siguió arreglando la cerradura. No quería pensar en su padre. No era un tema con el que se sintiera cómodo. Pero Annie no se merecía la callada por respuesta. Era su amiga y a los amigos hay que contarles cosas, se dijo.

–Mi padre iba a pagar la universidad, pero resulta que necesitaba el dinero para pagar otro divorcio.

–Lo siento. No lo sabía.

Él sacudió la cabeza.

–No pasa nada. Trabajar como albañil me dio otra perspectiva de la vida. Y de mi futuro trabajo como arquitecto.

–Eso está bien.

–Así que, al final, todo salió redondo.

Le gustaba crear edificios, pero de vez en cuando también le gustaba hacer cosas con las manos. Era uno de esos arquitectos que se metían en todo y que volvían locos a los constructores.

Annie se estiró perezosamente. Se había puesto unos pantalones cortos y un ajustado top con botones y Max hubiera deseado arrancarlos para ver lo que había debajo.

–Estupendo –murmuró para sí mismo.

Como su abuela, Annie no tenía aire acondicionado y tuvo que secarse el sudor con la manga de la camisa.

–¿Tienes calor?

–Un poco –contestó él, sin mirarla.

Pero tenía mucho calor. Mucho.

Después de comprobar que la cerradura funcionaba, empezó con las ventanas. Aunque los cerrojos no eran seguros del todo, podían ajustarse sin tener que cambiarlos.

–¿Esto ayuda un poco? –preguntó entonces Annie, apareciendo con un ventilador.

Al verla allí, con el ventilador en la mano, Max sintió una ternura que lo sorprendió. Llevaba toda la tarde pensando en ella, luchando contra imágenes de los dos rodando por la hierba y, de repente, aquel gesto lo derretía.

–Sí, gracias. Pero será mejor que te vayas. Voy a hacer unos agujeros en la madera y la máquina hace mucho ruido.

Annie era demasiado dulce. Seguro que Josh y Parker se la merecían más que él.

Y ambos parecían dos personas decentes. A su abuela le caían bien y ella sabía juzgar a la gente. Además, los dos eran atractivos, altos… ¿qué más se puede pedir?

Unos meses más tarde, pensó mientras hacía agujeros, Annie y su marido podrían estar viviendo en aquella casa. Un marido que usaría las mismas herramientas que él estaba usando.

Si se casaba, nunca más volvería por allí. Nunca volvería a ayudarla a poner una cerradura o asegurar los cerrojos de las ventanas. Y, desde luego, no volvería a besarla en el porche.

¿Besarla en el porche?

No la besaría en ninguna parte.

Max estaba tan distraído que el destornillador eléctrico se le escurrió y estuvo a punto de rebanarle un dedo.

–¡Maldita sea!

–¿Qué ha pasado?

–¿Tú qué crees? –exclamó él, moviendo el dedo en el aire.

Pero no había gritado de dolor, sino de frustración. No podía dejar de pensar en Annie por mucho que lo intentara.

–Voy a buscar el botiquín.

–Maldita sea –repitió Max, apoyando la frente en la ventana. Nada de aquello era culpa de Annie.

Lo único que le había pedido era que la ayudase a elegir ropa. Y él seguía allí, torturándose y torturándola a ella.

–¿Estás sangrando?

Annie tenía en la mano un botiquín de primeros auxilios de color naranja, más completo que el que un ambulatorio.

–No –contestó él, sentándose en el suelo.

–A ver… No es nada.

A Max le hubiera gustado decir que haría falta algo más que un destornillador eléctrico para hacerle daño, pero ella estaba tocándolo con sus manitas y le gustaba tanto…

Hay cuarenta mil nervios en una mano humana y cada uno de ellos respondía al roce de Annie. El contraste entre aquella mano blanca y la suya, grande y oscura, hizo que sintiera un cosquilleo. Ni siquiera se había preguntado nunca qué pensaba Annie sobre su ascendencia india. Era algo de lo que no habían hablado, como de tantas otras cosas.

–Mi piel es muy oscura comparada con la tuya –dijo, poniendo la mano sobre su muslo.

Ella intentó disimular, pero el contacto la había dejado sin respiración. Max sonrió. Quizá lo había besado para practicar, pero estaba claro que su proximidad también la afectaba. Un poco, al menos.

–Ya sabes que no tomo el sol.

–Yo tampoco.

Su mano estaba muy cerca de la entrepierna femenina, cerca de la dulce cueva que empezaba a desear con todas sus fuerzas.

Lo confundía desearla tanto y saber que no había futuro para ellos.

–Tienes una piel preciosa.

–¿De verdad?

–De verdad –sonrió Annie.

Se sentía rara con la mano del hombre sobre su muslo. Además, llevaba unos días tan extraños que no sabía qué pensar.

–Uno de mis abuelos era apache. Por eso tengo la piel oscura.

–¿Apache? Como mola. Sabía que tenías un abuelo indio porque me lo contó Grace, pero no sabía que era apache.

–A algunos les molesta. A otros, les fascina.

Cuando Annie levantó la mirada, vio que Max había vuelto a encerrarse en sí mismo. La primera vez que vio aquel gesto aparentemente frío, muchos años atrás, se sorprendió, pero desde entonces había aprendido lo que significaba: que algo le hacía daño

–Entiendo que las mujeres se sientan fascinadas –dijo por fin, eligiendo sus palabras cuidadosamente–. Después de todo, no eres el hombre más feo del mundo.

Max soltó una carcajada.
–Gracias.
Annie sonrió, a pesar de tener la mano del hombre sobre el muslo. No sabía por qué estaba allí, pero le gustaba.
–Siempre he creído que tu sangre india te hace más atractivo.
–¿No te molesta?
–¿Por qué iba a molestarme? ¿Me molestaría que tu abuelo fuera alemán?
Él sonrió, mostrando unos preciosos dientes blancos.
–¿Te he dicho alguna vez cuánto me gustas? –preguntó, tocándole la nariz.
Annie intentó alegrarse de que él hubiera quitado la mano de su pierna, pero no se alegraba.
–¿Quieres un poco de limonada?
–¿Es un regalo porque no me he desangrado?
–No seas bobo.
–Vale, un vaso de limonada.
–Voy a hacerla.
Annie cerró el botiquín y entró en la cocina, respirando profundamente. Estaba portándose como una tonta y Max seguía allí, confundiéndola más cada segundo.
Había pasado más tiempo en Mitchellton aquella semana que en los últimos tres meses.
Y ella tenía que hacer limonada, se recordó a sí misma.
Sin haber recuperado el aire del todo, sacó el viejo exprimidor del armario. En realidad, en su casa todo era viejo. Pero, aunque la tienda no daba para mucho, la casa estaba pagada y Annie conseguía ahorrar algo todos los meses.
Pronto el olor a limón llenó la cocina. A Max le gustaba fuerte, de modo que no le puso azúcar, pero sí unas ramitas de menta.
¿Cómo podía saber cómo le gustaba la limonada y no saber nada sobre él?, se preguntó.
Max estaba comprobando la ventana del pasillo cuando salió de la cocina con el vaso.
–¿Qué tal va eso?
–Bien –contestó él, tomando un largo trago–. Qué rica. Nadie hace la limonada como tú.
–Se lo voy a decir a tu abuela.
–Bruja.
–Idiota.
Max sonrió. Annie sabía cosas sobre su pasado que ni siquiera su abuela conocía. Pero nunca se las había contado a nadie. En

realidad, confiaba en ella más que en ninguna otra persona.

–He terminado con los cerrojos, pero quiero comprobar la puerta de atrás.

–No hace falta. Tienes cosas más importantes que hacer.

–De eso nada.

No se le ocurría nada más importante que la seguridad de Annie.

–Pero…

–Que no, he dicho. Pero me gustaría tomar otro vaso de limonada.

–Eres imposible –murmuró Annie, volviendo a la cocina.

–Ya lo sé.

Sonriendo, Max volvió al trabajo. Media hora después había terminado.

–Ahora quiero que me prometas que cerrarás con llave por las noches y cuando te vayas a la tienda.

–Vale, papá.

–En serio, Annie.

–Vale, vale. Pero en Mitchellton nadie cierra la puerta.

–Pues lo siento por ellos. Volveré el sábado para llevarte a la feria –dijo él, impertérrito–. Josh y Parker se pondrán nerviosos al verme.

Annie suspiró. Quizá era buena idea. Quizá Josh y Parker necesitaban un empujón. Pero eso significaba peligro. Para su corazón.

–No hace falta que vengas, de verdad. Puedo ir sola. Además, Josh ha dicho que iba a llamarme.

–No lo creo.

–¿Cómo?

–Que no me importa venir, de verdad –insistió Max.

–Pero…

–Annie, no me importa. Hasta el sábado. Y ponte algo bonito.

–Que me ponga algo bonito, ¿no?

–Bueno, la verdad es que te pongas lo que te pongas, estarás guapa.

Annie no tuvo tiempo de decir nada antes de que él la tomara por la cintura y le diera un beso en los labios que no tenía nada de platónico.

–Hasta el sábado –se despidió Max con voz ronca.

Después, salió de su casa como si tal cosa.

Annie se apoyó en la pared, tocándose los labios y sintiéndose más confusa que nunca.

Capítulo 8

NO HACE falta que vengas».

Max golpeó la almohada con el puño. Por supuesto que hacía falta y era extremadamente irritante que ella no se diera cuenta.

Solo estaba aprendiendo a moverse entre hombres y necesitaba mucha ayuda.

Annie era tan inocente… Era demasiado sincera, demasiado directa y generosa. Muchos hombres querrían aprovecharse de eso.

«Josh ha dicho que iba a llamarme».

Max tomó la almohada y la tiró contra la pared. No quería que Josh Kendrick la llamase. Y tampoco Parker McConnell, pero era inevitable. Era la misma mujer hermosa de siempre, pero había algo en ella, una luz, un brillo especial.

Pero seguía necesitándolo, se dijo a sí mismo.

–Lo que tengo que hacer es encerrarla en su habitación –murmuró, mirando al techo. Era una respuesta primitiva, el mismo instinto que lo había hecho besarla.

¡No, no, no!

No era el mismo instinto. El instinto te mantenía vivo, o al menos te sacaba de apuros, pero besar a Annie por segunda vez era un error tan grande como besarla en el porche.

Justo en ese momento, sonó el despertador… que fue a hacerle compañía a la almohada.

Max se levantó para ir a trabajar. El trabajo era bueno porque ayuda a colocar las cosas en su sitio.

Pero no lo ayudó nada.

El jueves por la tarde, Max habría podido matar a alguien.

Había contestado mal a su secretaria tantas veces aquella semana que la pobre había amenazado con marcharse. Y él estaba pensando seriamente en buscar otro apartamento. De repente, el dúplex le parecía tan aburrido que no podía ni mirarlo.

–Toma –le dijo su secretaria, tirando un papel sobre la mesa–. La última vez que fuiste a ver esa parcela volviste al estudio de buen humor. No te molestes en venir si no funciona.

–A veces te olvidas de quién trabaja para quién –masculló Max.

–No me olvido. Pero puede que tú te olvides de mi cara cuando

dimita –le espetó Ellen, que no le tenía ningún respeto.

Ellen Manzke llevaba seis años trabajando para él. Incluso se había mudado a California cuando abrió el estudio. Pero Max sabía que lo echaría a patadas de allí si no empezaba a portarse como un ser humano normal.

Pues lo intentaría. Iría a echar un vistazo a aquella parcela en el delta. Estaba cerca de Mitchellton y podría ir a visitar a Annie. Incluso podría pedirle que fuera con él.

Y comprobar si el comisario la había llamado.

Quizá la mejor forma de controlar sus sentimientos por ella era conseguirle un marido lo antes posible. Max era muy serio a ese respecto. Una vez casada, no podría ni mirarla.

Cuando llegó a la tienda, se preguntó si era buena idea. Pero daba igual porque ya estaba allí.

–¿Annie? –la llamó. Lo primero que vio fue a Tigger, tumbado en el mostrador como si estuviera en su casa. Que lo estaba–. Hola, Tigger. Te debo una por lo de Buffy. No me ha vuelto a molestar desde lo del ratón.

Tigger bostezó, encantado consigo mismo.

Annie salía de la trastienda en ese momento y se quedó helada al ver a Max.

Casi había conseguido dejar de pensar en él, pero volver a verlo… Además, lo de «casi» era muy relativo. Solo había pensado en él unas diez horas al día.

–¡Max!

–Hola, Annie.

Muy bien. No había dejado de pensar en él excepto cuando estaba dormida, pero había ciertos límites. Y esa sonrisa no la ayudaba nada.

–¿Qué haces aquí?

–He venido para ver una parcela y quería saber si te apetece venir conmigo.

–Claro –asintió ella, sin pensar. Menuda fuerza de voluntad–. ¡Bert!

Un hombre salió de la trastienda, secándose el sudor con un pañuelo.

–Dime.

–Voy a salir un momento. ¿Te importa atender a los clientes?

–Claro que no.

Cuando se volvió, Max estaba sonriendo de nuevo. Mucho. Quizá porque ese día se había puesto los vaqueros ajustados y un top de flores que dejaba su ombligo al descubierto. Algo normal

para la mayoría de las chicas de Sacramento, pero muy atrevido para ella.

Lo más curioso era que la tienda había estado llena de gente durante toda la semana. Los granjeros se pasaban por allí en lugar de hacer los pedidos por teléfono y se había quedado sin comida para perros. Aparentemente, a todo el mundo le interesaba su nuevo aspecto.

Por supuesto, también entraban mujeres en la tienda, pero era por curiosidad. Para saber cómo iban las cosas con el maestro y el comisario.

Si las cosas fueran mejor, se lo habría contado a Max, pero prefirió no volver a hablar de su nueva imagen. La situación ya era bastante tensa.

–¿La parcela es para un cliente? –preguntó, entrando en el coche.

Solo cuando Max arrancó, se dio cuenta de que, aquella vez, había esperado que él abriera la puerta sin darse cuenta.

–La verdad es que estoy pensando comprarla yo mismo. Es un sitio estupendo, lleno de árboles y con vistas al río.

–¿Quieres hacerte una casa? –preguntó ella, sorprendida.

–La parcela está construida, de modo que sería una inversión.

Annie no se imaginaba a Max en el campo. Él era un hombre de ciudad. Por eso se había marchado de Mitchellton.

Y cuando él señaló la vieja casa de la colina, se quedó perpleja.

–¿Vas a comprar la casa de los Mitchell?

–Estoy pensándolo. Tengo una opción a compra, pero se me acaba dentro de un par de semanas.

–Siempre he querido ver el interior.

–Pues qué bien. Porque tengo la llave.

Max aparcó y Annie salió del coche, emocionada.

La familia Mitchell había dado nombre al pueblo cien años antes. Y la casa, un edificio de estilo colonial, era una preciosidad. Pero lo que a ella le encantaba era que el señor y la señora Mitchell habían estado muy enamorados. O eso decían.

Max abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrase. Al hacerlo, Annie se sintió envuelta en historia.

–Es preciosa –murmuró, mirando la escalera y el candelabro que colgaba del techo.

Max miró alrededor, con el ceño fruncido. Era una casa muy vieja que necesitaba reparaciones urgentes.

–Comprar la parcela es una inversión, eso desde luego. Pero habrá que tirar la casa…

Ella se volvió, horrorizada.

–¡No!

–Hay que tirarla, cariño.

–¡No te atreverás! Esta casa es un sitio muy especial. No puedes tirarla.

Max la miró, sin entender. Como arquitecto, apreciaba la vieja estructura y tenía cosas interesantes, pero restaurar una casa en el delta del río Sacramento era una bobada. Nunca sacaría provecho de la inversión.

–Annie, solo es una casa.

–Tiene historia y romance. No puedes destruirla.

–Tiene historia, desde luego –dijo él, exasperado–. Por lo visto, aquí organizaban grandes fiestas durante la prohibición. Ya sabes, cuando no se podía beber alcohol.

–¿Lo ves? Pues ya tiene historia.

–¿Tienes idea de lo que costaría restaurar esto?

–¿Merece la pena restaurarla? Quiero decir si las estructuras están bien…

–La verdad es que sí.

A Max no le gustaba admitirlo, pero la estructura era muy buena a pesar de los años. Y había otra cosa que no quería admitir: en realidad, deseaba restaurarla. Pero no era nada práctico. Sus clientes no estaban interesados en reliquias históricas. La idea era comprar la parcela y construir una casa moderna, algo que pudiera vender por mucho dinero.

–Max, por favor. No tires esta casa –le rogó Annie, poniéndole una mano en el brazo. Sus ojos azules estaban empañados, como si de verdad aquello fuera muy importante.

–Pero…

–Podrías hacer parte del trabajo tú mismo –lo interrumpió ella–. Me dijiste que habías trabajado en la construcción durante tus años de universidad. Seguro que puedes hacerlo. Y yo te ayudaría.

–Tú no tienes tiempo, Annie –le recordó él–. Vas a casarte y tener una familia.

El rostro de su amiga se ensombreció.

–Aún no estoy casada. Y puede que nunca… ya sabes.

Se había encogido de hombros, como si aquello no le importase, pero Max notó que le costaba trabajo contener las lágrimas.

Sin pensar, la tomó en sus brazos. No podía soportar verla llorar. La vida estaba llena de fracasos y de dolor, pero él había

pasado tanto tiempo escondiéndolo que no sabía cómo lidiar con el dolor de los demás.

Pero Annie sí. Tras perder a su padre había seguido viviendo con el mismo coraje. Y seguiría haciéndolo si no pudiera tener hijos. Estaba seguro.

Un hijo de Annie…

Algo le apretó el corazón. Annie James sería una madre estupenda. Su hijo crecería protegido y querido. Nadie lo regañaría cuando dejara huellas en la nevera, nadie gritaría en la casa más que para jugar, para reírse saltando el aspersor. Y Annie reiría contenta cuando su hijo le regalase una rana por el Día de la Madre.

Una madre increíble… una esposa sensacional.

Max cerró los ojos, deseando que todo fuera diferente, deseando poder volver a la infancia y creer en los finales felices.

Pero aunque Annie pudiera ser una esposa ideal, él no sería un buen marido. Hay que creer en algo para que funcione y él no creía en el matrimonio.

–Tendrás un niño, Annie –le dijo al oído, prometiéndole algo que no podía hacer realidad–. Y te casarás.

–¿Tú crees?

–Sí.

–Lo siento –se disculpó ella–. Esto no tiene nada que ver con la casa.

–Claro que no.

–Pero no la vas a tirar.

–Cariño, si no lo hago yo, lo hará otro.

–Pero… –Annie se mordió los labios, mirando alrededor.

Los fantasmas de aquella casa no afectaban a Max. Él no creía en el amor y menos en el amor que dura para siempre, incluso después de la muerte.

Pero ella sí.

Recordaba las últimas palabras de su padre, la luz que había en sus ojos a pesar de la cercanía de la muerte… porque casi la estaba viendo. Annie no sabía si su madre estaba allí, en los últimos momentos, pero le gustaba creer que así fue.

–Vamos a echar un vistazo.

–De acuerdo. Pero no vas a convencerme –dijo Max.

–Ya veremos –sonrió ella.

–Annie…

Annie reconoció ese tono. Era el que usaba cuando estaba exasperado… y deseando que alguien lo convenciera de algo que,

en el fondo, quería hacer.

–Vamos –dijo, tirando de su mano.

Seguro que podía convencerlo de que aquel precioso hogar que había mirado hacia el río durante un siglo merecía la pena.

Fueron de habitación en habitación, sorprendidos al encontrar algunos muebles cubiertos por sábanas. Algunos de los cristales de las ventanas eran los originales, muchos de ellos esmaltados. En el salón, había unas preciosas vidrieras con un dibujo de lilas.

–¡Vaya!

–Tiffany, ¿no? –preguntó ella, usando una sábana para quitarle el polvo.

–Una buena copia, seguramente. El vendedor ofrece la propiedad tal y como está, contenido incluido. Así que no puede ser un verdadero Tiffany.

–Nunca se sabe.

Annie se quedó helada al ver el invernadero, todo de cristal. Se había enamorado. Le habría gustado tanto tener sus plantas allí…

Max observó su rostro y supo que estaba perdido. No podría tirar aquella casa.

Y se dio cuenta de otra cosa.

Había llevado allí a Annie porque sabía que ella lo convencería para que conservara la propiedad. Sabía que lo haría reconocer el trabajo del arquitecto que construyó aquella casa cien años antes.

–De acuerdo. No la tiraré –dijo, suspirando exageradamente–. Pero tendrás que ayudarme. Será un intercambio… por ayudarte a encontrar marido.

Ella se echó en sus brazos, riendo.

–Gracias, Max. Sabía que no podrías hacerlo.

Seguía sin saber si el comisario la había llamado, pero teniéndola entre sus brazos nada parecía importarle.

Annie tiró del corpiño hacia arriba, incómoda sin sujetador. No podía ponérselo porque se verían las tiras y, a pesar de que el corpiño bordado se sujetaba con el elástico, se sentía rara.

En ese momento sonó el timbre.

Max.

Annie se había emocionado al saber que no iba a tirar la casa Mitchell, pero seguía insegura sobre lo de ir con él a la feria.

Con una última mirada al espejo, tomó una rebeca y bajó la escalera corriendo.

–Llegas temprano.

Max frunció el ceño.
–Y tú deberías preguntar quién es antes de abrir, guapita.
–Sabía que eras tú.
–Ya –murmuró él, ofreciéndole un ramo de lilas–. Toma.
–Gracias.
Estaba guapísimo con vaqueros y una camiseta blanca. Más que guapísimo… sería el más atractivo de la feria.
–De nada.
–Voy a ponerlas en agua.
–Vale. Date prisa –sonrió él.
Cuando salió al porche, se quedó sorprendida al ver un *Mustang* de 1965 restaurado en lugar del BMW.
–¿De dónde lo has sacado?
–Es un préstamo. Si le hago un arañazo, me cuelgan.
Para entrar en un coche tan pequeño realmente necesitaba la ayuda de Max. Y para salir sería peor.
–Qué maravilla.
–¡Ay! Es un coche precioso, pero demasiado pequeño para mí –exclamó él, frotándose la rodilla mientras se sentaba frente al volante–. No pude llevarte a la fiesta de fin de curso, así que te acompaño a la feria.
El gesto era tan poco propio de Max que Annie lo miró, sorprendida.
–Muy bien.
–Pero solo yo puedo besarte –dijo Max entonces–. No puedes presentarte voluntaria en la caseta de los besos.
Se había acordado.
Annie no se tomó en serio lo del beso, pero la emocionaba que hubiera recordado aquello. Estaba intentando ofrecerle una noche de las que ella se había perdido durante su adolescencia y ese era un detalle enternecedor.
–Muy bien. La caseta de los besos, fuera.
–Vale.
Max tomó la carretera que llevaba a la feria, dejando una nube de polvo tras ellos. Annie sonrió, contenta y triste a la vez. Se había perdido tantas cosas…
Cada momento con Max era un tesoro, pero sabía que no habría muchos más. Era demasiado arriesgado. Ella estaba tan confusa que no podía enamorarse de nadie. Y tenía que hacerlo.
Cuando llegaron, la feria ya estaba llena de gente. Había incluso una noria y otras atracciones para los más jóvenes. Los chicos del instituto llevaban las casetas y una parte del dinero iba

para el viaje de fin de curso.

Después de montar en los caballitos, comer algodón caramelizado y subir a los coches de choque, Max estaba intentando ganar un oso de peluche explotando globos con unos dardos.

Annie había olvidado sus planes de matrimonio aquella tarde, pero entonces escuchó la voz de Parker McConnell.

–Annie… esperaba verte por aquí.

–Hola, Parker.

Max observó que estaba sonriendo. Sabía que se encontrarían. O él, o el comisario. Era su encantadora naturaleza lo que fascinaba a hombres como Parker y Josh.

Y a él.

De repente, enfadado, tiró los dardos que le quedaban. Y se cargó diez globos.

–Oiga, no tiene que hacerlo tan rápido –dijo el encargado de la caseta con expresión asustada. No parecía tener ganas de darle más objetos punzantes.

–Deme el oso –gruñó Max.

–Tome, tome –dijo el chico, bajando un enorme oso blanco.

Max se acercó a Annie y prácticamente le puso el oso en la cara.

–Lo he ganado.

–Gracias.

McConnell la estaba mirando con una expresión que él, como todos los hombres, conocía bien. Una expresión peligrosa.

–Vaya, entrenador. Espero que el partido del domingo saliera bien. ¿Está buscando nuevos jugadores para batir a los equipos contrarios?

Parker lo miró, sorprendido.

–En realidad, solo entrenamos. Es una cuestión de disciplina y deporte más que de competición. Es bueno para los chicos tener una vía de escape.

Tenía que reconocerlo: parecía una buena persona. Y estaba claro que le gustaban los niños.

Horror. Había hecho que Parker McConnell fuera más atractivo a los ojos de Annie. Debería alegrarse de que un hombre decente se sintiera atraído por ella… pero no podía.

–Bueno, nos vamos a la noria. Ya nos veremos –dijo, tomándola por la cintura.

Annie lo miró, incrédula.

–Pero Max… Parker estaba siendo muy simpático.

–Ya lo he visto.

–No tienes que quedarte, de verdad. Yo puedo…

–Ya sé que puedes. No tienes que decírmelo.

Ella apretó los dientes. No entendía nada. Max estaba siendo muy poco razonable. Pero ella no necesitaba un hermano mayor. Lo que necesitaba era un novio, alguien que la amase.

Necesitaba a Max.

Y eso era lo que tanto le dolía, que no iba a conseguirlo nunca.

Unos minutos después, estaban subidos a la noria. Era muy vieja, con asientos de madera en los que apenas había espacio para dos personas. Estaban tan apretados que Annie sintió un escalofrío.

–Te dije que no dejaras la rebeca en el coche.

–No tengo frío.

–Te pasaré el brazo por los hombros –dijo Max.

–No hace falta.

–Annie, no te pongas difícil –sonrió él–. ¿Ves? Así estamos mejor.

Ella apretó su oso de peluche, nerviosa. Le hubiera gustado ser un poco más moderna, tomarse las cosas con más calma. Pero cada vez que Max la tocaba se ponía de los nervios.

Cuando la noria empezó a subir, intentó respirar más tranquila. Unos minutos después estarían de nuevo en el suelo.

Pero el alivio duró poco.

Los chicos que estaban debajo de ellos empezaron a dar saltos y Annie se sujetó a la barra, asustada.

–¿Qué hacen?

Max se encogió de hombros.

–Intentando parar la noria. Pero no lo están haciendo bien. Tienen que coordinar el movimiento para que se detenga.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–He parado esta noria más de una vez. Nada mejor que quedarse colgado en el aire con una chica guapa –dijo él, haciéndole un guiño. En ese momento, la noria se detuvo–. Ya está.

Estaban arriba del todo. Si Annie no hubiera estado tan nerviosa, habría podido apreciar lo bonitas que eran las luces, pero empezaba a ponerse histérica. Max estaba actuando como si fuera su novio y ella no podía soportarlo.

–Max, tenemos que…

Él tomó su cara entre las manos y la protesta de Annie se perdió en los labios del hombre.

Capítulo 9

LA NORIA empezó a moverse de nuevo y Annie se apartó, mirándolo a los ojos.

–¿Qué haces?

–Besarte.

–No necesito más lecciones, gracias.

–No estaba… –Max no terminó la frase.

La había besado porque quería hacerlo. Ni lecciones, ni tontas excusas, nada más que el deseo de besar aquellos preciosos labios. Pero él no era el hombre que Annie necesitaba. Nunca podría serlo.

El operador de la noria había echado a los adolescentes revoltosos, pero cuando llegó hasta ellos sonrió.

–Supongo que vosotros no habéis tenido nada que ver. Podéis quedaros.

–Gracias, pero no me apetece –dijo Annie, soltando la barra de protección.

Max la tomó del brazo cuando estaba a punto de bajar de la pasarela.

–¿Qué te pasa?

–Nada.

–Dime la verdad.

–Todo va bien, Max. Puedes dejar de preocuparte por mí. La semana que viene voy a cenar con Josh y Parker quiere que hagamos *rafting* en el río.

–¿Y has aceptado? Pero si apenas los conoces…

Ella lo miró a los ojos, perpleja.

–¿Y cómo voy a conocerlos si no acepto? Además, no son unos extraños. ¿Por qué no te alegras, Max?

–Estoy alegre.

–Sí, seguro.

Annie se dio la vuelta. Quería irse a casa. Quería olvidar a Max y olvidar que su corazón estaba rompiéndose.

–¡Annie! ¿A dónde vas?

–A mi casa.

Max lanzó una maldición, pero ella no le prestó atención. Unos

minutos después, escuchaba el ruido del *Mustang* a su lado.

–Sube.

–Vete a la porra, Max.

–No estás siendo nada razonable.

–Estoy siendo como me da la gana. Además, no es problema tuyo. Ya no tienes que cuidar de mí.

–Tú nunca has sido un problema.

–Pues muy bien.

Annie siguió caminando por la carretera, aunque las sandalias le hacían daño. Pero no era nada comparado con el dolor que sentía por dentro.

–¡Maldita sea! –exclamó Max, obstruyéndole el paso con el coche.

Le daba igual. Annie tomó el camino del río. Allí no podría meter el precioso *Mustang* y no dejaría el carísimo coche en medio de la carretera, donde cualquiera podría robarlo. No había delitos en Mitchellton, pero él actuaba como si estuvieran en Chicago.

Unos segundos más tarde, comprobó que estaba equivocada. Max la había seguido por el camino.

–Annie, vuelve aquí.

Ella sonrió. Era una chica de pueblo, pero nadie le daba órdenes. Después de parar un momento para quitarse las sandalias, se internó en el bosque. Lo conocía de memoria, al contrario que Max.

–¿A dónde crees que vas?

Annie dio un grito.

–¿Cómo me has encontrado?

–Conozco este bosque perfectamente. Venía aquí con mis novias para buscar un sitio oscuro.

–Pues qué bien. Yo no venía aquí con nadie.

–Nunca es demasiado tarde –sonrió él–. Ya no somos unos críos, pero eso no debería detenernos.

–¿Por qué no me dejas en paz? –le espetó Annie entonces–. No me quieres. Tú solo quieres venir por aquí cuando no tengas nada mejor que hacer y pasar un par de horas con alguien que no te exija nada.

–Eso no es verdad.

–¿No?

–No.

–Entonces, ¿qué es lo que buscas?

Max no contestó inmediatamente. Parecía nervioso, inquieto.

–No lo sé. Yo solía querer… eso que has dicho, pero las cosas

han cambiado. Ahora no sé…

Annie sintió pena por él. Hay más cosas en la vida, además del éxito profesional. Max había pasado toda su vida evitando los conflictos, evitando los sentimientos, y no sabía cómo vivir.

–No puedes quedarte anclado en el pasado.

–Por favor, Annie, no salgas con ellos. Dame un poco de tiempo.

Ella dejó escapar un suspiro.

–No creo que el tiempo vaya a arreglar esto.

Max la tomó en sus brazos y empezó a besarla en el cuello. Estaba enfebrecido. Solo quería un beso más. Un beso que fuera algo más que una lección, algo más que un momento confuso. Un beso solo para ella. Annie hubiera querido apartarse, pero lo deseaba tanto… Lo había deseado siempre.

Él la apoyó contra el tronco de un árbol. Y, de repente, ella sintió miedo.

–Max…

–No –la interrumpió él, tomando su boca. El beso era tan fiero, tan apasionado que la pilló por sorpresa. La acariciaba con una urgencia tan abrumadora que se quedó inmóvil.

–Max, por favor…

–Perdona, cariño –dijo él, apartándose. La había asustado y eso era lo último que quería.

El sonido de un coche lo devolvió a la realidad. Un búho cantaba en la distancia y el viento movía las ramas de los árboles, pero no había nada más.

–Todo el mundo está en la feria –dijo Annie.

Max la miró, deseando poder ver su cara en la oscuridad. Era encantadora, tan diferente de las mujeres que conocía… Y, sin embargo, siempre había estado allí, más lista que cualquier chica de su edad, generosa y adorable.

Volvió a besarla, temblando de deseo, aunque se cortaría un brazo antes de asustarla.

Aquella vez, Annie mantuvo la boca cerrada y él sonrió. Tan inocente. Tan sensual. Demasiadas contradicciones en un cuerpo tan pequeño. Su complejidad lo tentaba de tal forma que casi le daba miedo tocarla. Estaba empezando a sospechar que, aunque había sido él quien se fue de Mitchellton, en realidad no sabía mucho del mundo.

–Está demasiado oscuro. No puedo verte.

Max puso la mano en su cara para estudiar los rasgos de aquella compleja chica. Nunca lo había hecho antes. ¿Por qué iba

a hacerlo? Eran amigos y los amigos no se tocan de esa forma. Pero en aquel momento estaba acariciando sus pómulos, la curva de sus cejas, sus labios generosos…

Y su pelo. Max suspiró, contento. Le encantaba el pelo de Annie. Lo imaginaba cayendo sobre su pecho desnudo, suave como la seda.

Después, inclinándose, trazó su boca con la lengua. Tentándola, deseando que la respuesta fuera un regalo, no algo robado.

–Oh, Max… –suspiró ella, abriendo los labios. Max aprovechó para saborear el algodón dulce de su lengua.

Había besado a muchas mujeres, pero ninguna como Annie. Era tan bonito besarla que no tenía comparación con nada.

–Eres tan dulce.

Annie temblaba. Nunca había hecho el amor y no conocía esas sensaciones, pero cada vez que Max la tocaba, sentía que su cuerpo le pertenecía a él.

El beso era eterno y cuando por fin se apartaron, ella estaba sin aire.

–Eso…

–Lo sé.

Max separó sus piernas y se colocó entre ellas para que no tuviera dudas de cuál había sido el efecto. Annie tuvo que apretar los puños. Habría sido tan fácil alargar la mano, bajar la cremallera de los vaqueros y explorar los contornos masculinos. Algo que no había hecho jamás.

Max empujó hacia delante y ella contuvo un gemido.

–¿Te gusta?

¿Que si le gustaba? ¿Cómo podía gustarle algo que la estaba quemando viva?

Max tiró del corpiño hacia abajo.

–No…

Pero él ya estaba acariciando sus pechos, tirando de sus pezones con dedos expertos.

–Como terciopelo –murmuró, antes de inclinar la cabeza.

Annie emitió un gemido de placer cuando él empezó a chupar uno de sus pezones. La exquisita tortura que sentía entre las piernas empezaba a ser insoportable. Sin embargo, no podía dejar de apretarse contra él, maldiciendo la ropa que los separaba.

Cuando empezó a chupar el otro pezón, no pudo soportarlo más. Al demonio con la resistencia. Sin pensar, alargó la mano y bajó la cremallera de los vaqueros.

Max ahogó un gemido ronco. Deseaba las manos de Annie en

su miembro más de lo que había deseado nada en toda su vida, pero no estaba bien. Si lo tocaba, no podría apartarse. Apenas podía hacerlo en aquel momento.

–Annie… no.

–¿No quieres…?

–Claro que quiero. Pero tenemos que parar.

Ella dio un paso atrás y se subió el corpiño. Debería haberse puesto sujetador.

Y no debería haber ido a ninguna parte con Max Hunter.

–No te atrevas a decirme que esto también ha sido una lección.

–No estaba enseñándote nada. Quería besarte, simplemente.

–Pues muy bien. Si querías besarme, ¿por qué has parado?

–Porque soy un caballero.

–¿Desde cuándo?

–Desde que mi mejor amiga me pidió ayuda para encontrar marido.

–Ya no somos amigos y yo no te pedí ayuda para encontrar marido. Te pedí ayuda para comprar ropa y saber qué le gusta a un hombre –replicó ella, irritada–. Da igual. Quiero irme a casa.

–Cariño, por favor…

–No me llames cariño. Soy Annie. Solo Annie.

–¿Qué hay de malo en «cariño»?

–Nada. Pero nunca me habías llamado así.

–Lo siento.

El sonido de una cremallera rompió el silencio y Annie se puso colorada. ¿Cómo podía haber hecho eso? Debía estar loca al pensar que Max iba a hacer el amor con ella.

¿Cómo podía haber estado tan ciega para no reconocer el peligro antes de pedirle ayuda?

–Tenemos que hablar –dijo Max entonces.

Annie apretó los labios.

–¿De qué?

–Tenías razón. Desde que me dijiste que querías casarte he estado luchando conmigo mismo. Sé que te perderé si te casas, Annie.

–No vas a perderme, Max.

–Estarás muy ocupada con tu nueva vida y no habrá sitio para alguien como yo.

«Alguien como yo».

Annie se abrazó a sí misma, temblando de frío.

–Por eso no te gusta discutir con nadie, ¿verdad? Tú crees que las discusiones acaban con los matrimonios y con las amistades.

Él se quedó en silencio unos segundos.

–Tú no sabes lo que eran las discusiones de mis padres. Las promesas no significaban nada. Y nadie miraba atrás.

–Esas promesas rotas siguen doliéndote, ¿verdad?

Max cerró los ojos, pero no podía esconderse de Annie. Ella no tenía que mirarlo a los ojos porque podía ver dentro de él mejor que nadie. Era la única persona que lo entendía.

–Mucho.

–Ojalá pudiera curarte esa pena. Pero siempre seré tu amiga. Puede que discutamos, pero no pienso dejarte. Las peleas solo rompen una relación cuando uno quiere.

–Lo sé.

Max se pasó una mano por la cara. La oscuridad los rodeaba como una manta. ¿Cómo habían llegado a aquello? La deseaba tanto que no creía que el deseo pudiera desaparecer nunca, pero saberlo no resolvía nada.

–¿Vas a salir con Josh y Parker?

–Sí –contestó Annie. Él no lo veía, pero dos lágrimas rodaban por su rostro.

–Tienen mucha suerte.

–Pero no voy a hacer nada.

–Al menos, no en la primera cita, ¿no? –intentó bromear Max.

–Claro que no.

Él buscó su mano en la oscuridad.

–¿Recuerdas lo que me dijiste? ¿Que te habías perdido muchas cosas durante la adolescencia?

–Sí.

Por un momento, Annie no entendió, pero luego supo a qué se refería. Si era a la angustia y la confusión del primer amor… desde luego no se había perdido mucho.

Por supuesto, también estaba la emoción de los primeros besos. Eso sí era bonito.

Pero el dolor del primer amor no era más fácil con treinta y dos años. Era peor porque temía amar a Max como una mujer. Y tardaría una vida entera en olvidarlo.

Max estaba en la puerta de la casa Mitchell. La había comprado, pero no sentía ninguna alegría. Sin Annie, solo era una casa vieja.

Suspirando, se sentó en la escalera. ¿Cuándo se había vuelto Annie tan importante para él? ¿Fue el día que pasearon por el

dique, con los últimos rayos del sol acariciando su pelo mientras le decía que quería tener un niño?

¿Fue la noche que la vio bailando en el jardín? ¿O la mañana que llegó a Mitchellton con once años y ella le ofreció un pastel de melocotón como gesto de bienvenida? Annie había ignorado su mal humor y, por fin, se sentaron a comer el pastel en el porche de su abuela. Aquel día, Max se había reído por primera vez en mucho tiempo.

–Oh, Annie…

En ese momento, sonó su móvil. Era la cuarta llamada en media hora y había ignorado las tres primeras. Quizá debería apagarlo, o tirarlo contra la pared, como el despertador.

–¿Qué? –contestó por fin.

–Creía que tenías un móvil para que la gente pudiera hablar contigo.

–Lo siento, abuela.

–¿Una mala semana?

Una imagen de Annie apareció en su mente. Invadía sus pensamientos todo el tiempo, a todas horas. No podía respirar sin pensar en ella.

–Podríamos decir que sí.

–Bueno… en caso de que signifique algo para ti, Josh Kendrick vino a buscar a Annie hace un rato.

A Max se le encogió el corazón.

–¿A dónde han ido?

–Al Tequila Jack, un bar.

–¿Piensa llevarla a un bar de mala muerte?

–No es exactamente un bar –explicó su abuela.

–Pero muy parecido.

Al otro lado del hilo se oyó un suspiro.

–Max, si no quieres a Annie, déjala en paz.

–¿Y si la quiero?

–Entonces tendrás que quererlo todo.

–Matrimonio e hijos, ¿no?

–Eso es. Eres mi nieto y te quiero más que a nadie en el mundo. Y Annie James es la chica con la que deberías pasar el resto de tu vida.

Max se quedó perplejo.

–Estás compinchada con ella.

Grace soltó una risita.

–No estoy compinchada, pero me gustaría. Lo único que puedo hacer es sacarte de quicio diciéndote que está con otro hombre.

En realidad, todo aquello había sido una cuestión de suerte. O de mala suerte. Apareció con Buffy en Mitchellton, Tigger le puso el ratón en el pie y…

Mitchellton. Quién lo hubiera dicho. Él, que había huido a Boston, a Nueva York, a Europa… descubría que el final del arco iris estaba en Mitchellton, en su vecina de al lado.

–Un bar, ¿eh?

–Sí, Max. En la calle Bailer.

–Muy bien. Hasta mañana, abuela.

–Buena suerte, cariño.

Si tenía suerte podría ir a Sacramento, cambiarse de ropa y llegar al Tequila Jack antes que Josh y Annie.

No le gustaba nada ese tipo de bar, de modo que ella sabría que no estaba allí por casualidad.

Pero contaba con eso. Había tomado una decisión.

–Tengo la impresión de que no me estás escuchando –dijo Josh.

Annie lo miró, nerviosa. Josh Kendrick era un hombre perfecto para ella. Perfecto en todo excepto en una cosa: no era Max Hunter.

Y por mucho que lo deseara, él nunca la querría.

–Lo siento.

–¿Por no prestar atención o por algo más?

–Las dos cosas.

–Deja que lo adivine: Max Hunter.

Annie intentó sonreír.

–¿Tan evidente es?

–Evidente era cómo te miraba él en la parroquia. Entonces pensé que era un competidor. De lo que no me di cuenta es de que ya había ganado.

–No soy un hueso por el que se pelean dos perros –protestó Annie, riendo–. Además, Max no es celoso.

–Yo creo que sí.

–Te equivocas –sonrió Annie, tristemente–. Siento haberte hecho perder el tiempo.

Josh sacudió la cabeza.

–No me estoy quejando… y no pienso dejar que vuelvas a casa. ¿Quién sabe qué puede pasar si nos conocemos un poco? Además, nada me gusta más que animar a una chica guapa.

–Sí, ya. Eso es muy interesante.

–Venga. Me han dicho que este bar es muy divertido.

Annie nunca había estado en el Tequila Jack. Era nuevo, pero ya tenía buena reputación. Por lo visto, la bebida y la música eran estupendas.

Nada más entrar, se percató de que era más grande de lo que parecía. Estaba lleno de gente, todos bebiendo y bailando. Pero cuando Josh le estaba pidiendo un refresco en la barra, se sintió observada.

Y al volverse, lo vio.

Max.

Con camisa vaquera y un sombrero tejano calado hasta las cejas, podría haberse mezclado entre la multitud. Pero siempre llamaría la atención.

Max levantó su vaso, sonriendo.

Y Annie se puso furiosa.

No sabía quién le había dicho que estaría en el Tequila Jack, pero sí sabía que su presencia se lo ponía más difícil. Siempre serían amigos, pero tenía que sacárselo del corazón.

–Annie, ¿pasa algo? –preguntó Josh.

–Es Max –contestó ella.

–Ah, ya veo.

–No sé cómo se ha enterado de que estaba aquí. Arrésteme, comisario, porque voy a estrangularlo con mis propias manos.

–Se ha enterado porque yo llamé a Grace Hunter.

–¿Cómo?

–Seguramente, ella lo habría llamado de todas formas. Pero quería asegurarme.

Annie tuvo que contar hasta diez.

–¿Por qué querías que Max supiera donde íbamos a estar?

–Porque… me gustas y quería enterarme de si ibas en serio con Max. Parece que ya tengo la respuesta.

–Que él esté aquí no significa nada.

–¿No?

Por lo visto, los hombres creían saberlo todo. Tontos perdidos, desde luego.

–¿Dónde tienes la pistola?

–Creía que ibas a estrangularlo.

–No, eso lo guardo para ti –replicó Annie, dirigiéndose hacia Max.

–Hola, Annie –la saludó él, tan tranquilo.

–Me has seguido.

–Para ser preciso, yo he llegado antes.

–Vamos a la calle –dijo ella entonces, señalando la puerta.

–Sí, señora.

Annie habría podido jurar que había un brillo burlón en sus ojos. Pero no tenía energía para preguntarse de qué demonios se estaba riendo.

Todo vale en el amor y en la guerra… y aquello era la guerra.

Capítulo 10

QUÉ ESTÁS haciendo? –preguntó Annie–. Creía que lo habíamos aclarado todo el otro día.

–He cambiado de opinión.

–No me lo puedo creer.

–Pues créetelo, cielo –sonrió Max.

–Te he dicho que no me llames así.

–Dijiste que no te llamase «cariño». Pero no quedamos en nada sobre «cielo».

–Te dije que me llamaras simplemente Annie.

–Tú no eres simplemente Annie. Eres mucho más.

–Por favor…

Ella lo fulminó con la mirada. Aunque no podría hacerle nada. Se sentía débil con él. Mentalmente débil. Deficiente, más bien. Si no lo fuera, habría cortado con aquella tontería días atrás.

Hubiera sido mejor pedirle consejo a Barnard, su conejo. Barnard no aparentaba ponerse celoso, no hacía que su corazón latiera a toda velocidad y era blandito y suave. Todo lo contrario que Max.

–Estás enfadada. Y lo entiendo.

–Sí, tú eres muy comprensivo.

–Es cierto. Pero hay algo que *tú* no entiendes. Somos amigos, Annie. Aunque no hablemos de cosas importantes, yo confío en ti más que en cualquier otra persona.

¿Cómo podía seguir enfadada si, de repente, él empezaba a sincerarse?

–No pienso perdonarte. Has venido a espiarme.

–Pues dilo.

–¿Decir qué?

–Lo que quieras.

Annie no entendía nada.

–Voy a entrar otra vez en el bar y voy a pedirle a Josh que me lleve a otro sitio. No nos sigas, vete a casa.

–Josh no va a llevarte a ningún sitio.

–¿Por qué me haces esto? No me quieres, pero tampoco quieres que esté con otro hombre.

–Vale, supongo que es normal que creas eso –dijo Max entonces, apoyándose en la puerta del BMW.

–¿Y?

–¿Quieres decir algo más? Puedes decirme lo que quieras.

Annie no daba crédito.

–Eres imposible.

–Lo sé. Pero estoy escuchando.

Era un reto. Quería que montase una bronca. ¿Por qué?

–Muy bien. ¿Sabes una cosa? Ya que insistes, te lo diré. Siento mucho que tus padres fueran terribles, pero te olvidas de que Grace siempre estuvo a tu lado.

–Eso es verdad –asintió él.

–No quieres que nadie te deje otra vez como te dejaron tus padres, pero no permites que nadie se acerque a ti –siguió Annie–. Pero la gente elige, Max. Tus padres eran como eran, pero tú eres diferente. Sus decisiones no pueden afectar toda tu vida.

–Eso también es verdad.

–¡Deja de darme la razón!

Max se pasó la mano por el pelo. No parecía molesto, sino divertido.

–¿No puedo estar de acuerdo?

–Pues…

Annie soltó una carcajada. ¿Qué estaban haciendo? ¿Tener una bronca en medio de la calle?

–Ven aquí –dijo Max, ofreciendo su mano.

Ella no dudó un segundo. Max le ofrecía su mano y ella no dudaba un segundo. Así era. ¿Para qué engañarse?

Él la tomó por la cintura y la colocó sobre el capó del coche.

–¿Qué pasa? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

–¿Porque no he salido corriendo después de una discusión?

–¿Estoy hablando con el auténtico Max Hunter o te han secuestrado los alienígenas?

Max sonrió.

Su corazón estaba a punto de estallar. Sentada sobre su coche, con el precioso pelo enmarcado su cara y aquel vestido tan femenino, Annie era tan preciosa…

Hubiera querido pedir su mano, pero temía que ella lo mirase de arriba abajo y decidiera que podría tener a cualquier hombre. ¿Por qué iba a casarse con uno que tenía tantos problemas emocionales?

–Tengo que decirte una cosa.

–Ah, me has seguido para darme una noticia.

Por el rabillo del ojo, Max vio a Josh Kendrick mirándolos por una ventana. Y le devolvió la mirada. Nunca había sido un hombre posesivo. Porque nunca había tenido nada precioso que guardar.

«Demasiado tarde», le hubiera gustado decirle al comisario.

Desde que Annie apareció en su puerta con aquel pastel de melocotón, era todo suyo. Pero había estado ciego.

Josh se dio la vuelta entonces. Había entendido.

–¿Qué quieres decirme? –preguntó Annie.

Max se quitó el sombrero y empezó a jugar con él.

–He comprado la casa Mitchell.

–¿En serio?

–Voy a tener que trabajar mucho. Y tú dijiste que me ayudarías.

–Esa es una excusa muy tonta para aparecer aquí.

–Quería saber si vas a cumplir tu promesa.

–Vale. Has comprado la casa Mitchell y vas a ganar mucho dinero con ella. ¿Puedo volver al bar?

–No voy a venderla. Pienso vivir en ella –dijo Max entonces–. Con mi mujer.

Annie sintió como si la hubiera abofeteado, pero intentó disimular.

–¿Tu mujer? No sabía que estuvieras prometido.

–Es que aún no lo estoy.

El corazón de Annie se detuvo un segundo. Max se portaba de una forma tan extraña… Pero que hubiera comprado la casa Mitchell y quisiera casarse no significaba que ella tuviera algo que ver en esa decisión. Seguramente había encontrado a una princesa como Buffy y estaba a punto de ponerle un anillo en el dedo.

–¿Y por qué no se lo has pedido?

–Porque hemos tenido algunos problemas –contestó él–. Yo no quería hacerle daño, pero… Ahora no sé si va a querer casarse conmigo y tener niños.

–Si no lo hace es tonta.

–Es la mujer más dulce y más encantadora del mundo. Seguramente tiene demasiado sentido común como para casarse con un tonto como yo, pero debo intentar convencerla.

–No eres tonto, Max –sonrió Annie.

–Gracias, cielo. Eso es muy generoso por tu parte.

Ella se miró las manos, nerviosa. No quería creerlo. No quería creer que Max Hunter iba a pedirle que se casara con él. Los sueños no se hacen realidad.

–¿Qué crees que dirá, Annie? ¿Tú crees que dirá que sí?

–Si te quiere…

–Espero que me quiera. Porque no puedo dormir pensando en ella. Quiero pasar el resto de mi vida a su lado, mostrándole lo que significa para mí y…

–¿Peleándote con ella?

–Supongo que nos pelearemos alguna vez –sonrió él–. Pero una persona muy sabia me dijo que, por muchas peleas que haya, una relación solo se rompe si uno quiere. Yo no voy a hacer nada para enfadarla y sé que si ella me hace una promesa, la cumplirá.

–Pero tú no crees en el matrimonio. ¿Cómo has cambiado de opinión tan rápidamente?

–Yo no diría que ha sido rápidamente. He tardado veintidós años en llegar a esta conclusión. Es que soy un poco cabezota –sonrió Max, acariciando su pelo–. Eso dice mi abuela.

–Hace tres semanas, tenías claro que eso del matrimonio no era para ti. Creo recordar que dijiste algo así como que todas las mujeres «estaban locas por casarse».

Max sabía que tendría que tragarse sus palabras. Todo el mundo en Mitchellton iba a reírse de él. Pero podían reírse todo lo que quisieran. A él le daba igual. Él estaría sonriendo… con Annie a su lado.

–Eso fue una tontería.

–Y los niños… Nunca has querido tener hijos.

–Nunca he querido que un hijo mío tuviera que pasar por lo que yo pasé. Por eso no quería una familia.

–Es un paso muy importante –dijo Annie–. No puedes tomártelo a broma.

«Y yo necesito quedarme embarazada lo antes posible», pensó, deseando, rezando para no estar equivocada.

–Si es con la mujer ideal, el paso será muy fácil. Te quiero mucho, Annie. Supongo que desde que éramos niños. He tenido que ver delante de mis ojos la posibilidad de perderte para darme cuenta.

Ella no dijo nada durante unos segundos. Pero su corazón saltaba de alegría.

–¿Y si no puedo tener un hijo?

Max supo que ese era su miedo. Que lo había tenido desde que el médico le advirtió que tenía un problema.

–Yo solo necesito saber que tú me quieres. Y si no puedes tener un hijo, lo único que puedo asegurarte es que te querré igual.

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas. Las palabras de Max eran sinceras. Estaba segura. Una vez le había dicho que a un

hombre de verdad no le importaría si ella no podía tener hijos. No había sabido que hablaban de él.

–Yo también te quiero.

–Annie… –murmuró Max, estrechándola entre sus brazos–. No llores, cariño. No llores, por favor.

–Es que soy muy feliz.

Max se apartó para mirar su cara. Era cierto. Su chica era feliz.

Con un grito de alegría, la levantó y empezó a dar vueltas por la calle. El amor era la libertad que nunca había conocido, la emoción que había buscado toda su vida.

–¡Max, déjame en el suelo!

–De eso nada –contestó él, riendo.

La llevó en brazos hasta el Tequila Jack y entró con ella apretada contra su corazón.

–¡Max Hunter tiene novia! –exclamó el camarero.

–Pues sí. Y es guapa, ¿eh?

–Desde luego –sonrió el hombre.

–Josh, ¿tienes el móvil a mano? –le preguntó al comisario.

El hombre sonrió.

–No debería prestártelo. Pero lo haré por Annie.

–Gracias. Llama a mi abuela, ¿quieres, cariño?

De repente, estaban rodeados. Habían quitado la música y todo el mundo miraba la escena, entusiasmado.

–Max, ¿qué estamos haciendo?

–Encargándonos de un asunto familiar –contestó él–. ¿Abuela? Soy yo. Queríamos que fueras la primera en saberlo. Annie y yo vamos a casarnos.

El grito de alegría de Grace se oyó en todo el bar. Max perdió el teléfono, que fue de unos a otros, y se vio abrazado y achuchado por todas partes.

–Uno de los últimos ha caído –anunció alguien por el altavoz.

Max la miró. Los ojos de Annie brillaban de felicidad.

–Desde luego que he caído. De cabeza –dijo, sonriendo–. El amor es la caída más dulce de todas.

Epílogo

CONTENTA, cariño?

Annie sonrió, apoyando la cabeza en el hombro de su marido.

–Me encantan las luciérnagas –murmuró, mirando las lucecitas en la orilla del río Mississippi.

–Lo sé. Solo hablabas de eso cuando volvimos de nuestra luna de miel –rio Max–. Como si fuera lo único que habías visto en todo el viaje.

–Y era verdad… Solo vi las luciérnagas y la cabina del barco.

–¿Y de quién fue la culpa?

–Mía. Pero tú no te quejaste.

–¿Cómo iba a quejarme de algo que me gustaba tanto? –susurró él, besándola en el cuello.

Se conocían tan bien, conocían sus ritmos, lo que les daba placer… pero siempre había alguna pequeña sorpresa.

Annie cerró los ojos. Los últimos dos años habían sido como un sueño, pero le seguía encantando estar con su marido, en el río más hermoso del mundo.

Habían decidido que el viaje por el río Mississippi sería un evento anual. Entre trabajo y familia siempre estaban ocupados, pero aquel año había sido más fácil preparar el viaje.

–¿En qué piensas?

Annie sonrió.

–La tripulación debe estar contenta de que nos hayamos dejado en casa a los gemelos.

–No eran tan llorones…

–Sí lo eran. Menos mal que Grace es una niñera fantástica.

–Mi abuela dice que tiene mucha suerte. Está loca por ellos.

Max apretó a Annie contra su corazón y ella pensó en el precioso secreto que guardaba. Aún no le había dicho que iban a tener otro hijo. Un milagro, como toda su vida juntos.

Cuando puso la oreja sobre el corazón de su marido, oyó los rápidos latidos. No tardarían mucho en buscar la intimidad de la cabina. No se cansaban el uno del otro. Max solía decir que iban a tener que pasarse el resto de su vida compensando el tiempo perdido.

–Y tengo que admitir que una segunda luna de miel es más romántica sin un par de recién nacidos durmiendo en la habitación.

Max sonrió, aunque recordaba algunos momentos muy románticos que habían robado entre cambio y cambio de pañal.

Era un hombre afortunado. El más afortunado del mundo.

Habían restaurado la casa Mitchell y era su hogar desde entonces. El único que Max había conocido.

Sonriendo, besó el cuello de su mujer. Era tan cálida, tan sensual…

Era un hombre impaciente, pero sabía cuánto disfrutaba Annie mirando a las luciérnagas, de modo que tendría que esperar un poco.

Para ella eran algo mágico y misterioso. Tanto como la forma en que dos personas se convierten en una cuando se aman.

Y tenía que darle la noticia. Fue una sorpresa también para ella. Los médicos le habían dicho que no podría concebir una segunda vez, pero nadie había contado con un milagro. Ni con la virilidad de su marido.

–¿Quieres que bajemos a la cabina? –preguntó Annie cuando se dio cuenta de que Max empezaba a ponerse… muy nervioso.

Su marido tiró de ella con la misma prisa que tenía cada noche. Un miembro de la tripulación estaba haciendo la cama, pero cuando los vio entrar salió de estampida.

Max se tiró sobre la cama, arrastrando a su mujer con él.

–Te quiero con toda mi alma. No lo olvides nunca.

–No dejes de decírmelo nunca –sonrió Annie.

–No lo haré.

Max la desnudó a toda velocidad. Le encantaba ver su piel de porcelana al lado de la suya, más oscura. Siempre le emocionaría esa diferencia. Como le emocionó que Annie quisiera aprender más sobre sus antepasados indios para poder contárselo a sus hijos.

–Max…

–¿Sí?

–Estás vestido.

Era verdad. Estaba tan emocionado que se le había olvidado quitarse la ropa. En dos años, Annie había aprendido a torturarlo suavemente, hasta que él tomaba el control. A Max le gustaba tomar el control. Y a ella no le importaba. En la cama.

Su marido se colocó encima y le hizo el amor como solía hacerlo, suavemente al principio, fuerte después.

–Ahora, cariño. Ahora…

Annie se dejó llevar, cerrando los ojos, perdiéndose en un mundo de sensaciones que Max le había enseñado.

Mucho después, uno en brazos del otro, se decían cositas al oído.

–Tienes que engordar un poco. Perdiste mucho peso dándole el pecho a los gemelos.

–Creo que engordaré durante los próximos meses.

–Pero deberías haber engordado antes.

–Es que antes no estaba embarazada.

Max se quedó helado.

Podría haber jurado que su mujer había dicho la palabra «embarazada».

–¿Annie?

–Sí, cariño.

–Oh, Dios mío… ¿Cómo? ¡Es increíble!

–Creo que los médicos no calcularon lo potente que eres –rio ella.

Max la miró a los ojos y compartieron una sonrisa. Lo que sentían era puro, mágico. Y ninguno de los dos cuestionaría aquel regalo del cielo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com